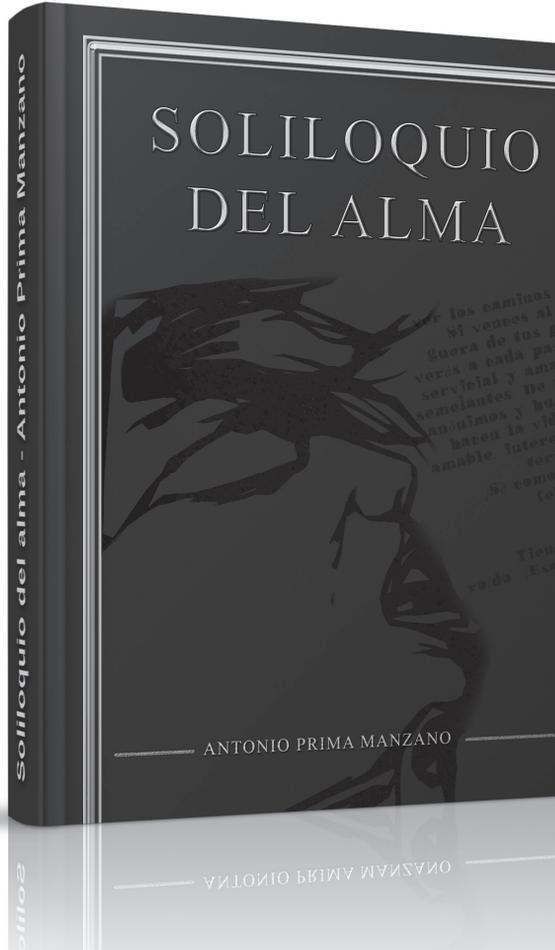


Antonio Prima Manzano

SOLILOQUIO DEL ALMA



GRANADA CLUB SELECCIÓN

1ª Edición: año 2015

Copyright: Antonio Prima Manzano

Copyright de esta edición: Granada Club Selección S.L.

I.S.B.N.: 978-84-92504-83-7

Depósito legal: GR 805-2015

Título: Soliloquio del alma

Autor: Antonio Prima Manzano

Edita: Granada Club Selección S.L.

Empresa Distribuidora: Granada Club Selección, S.L.

Avda. de Andalucía 16.

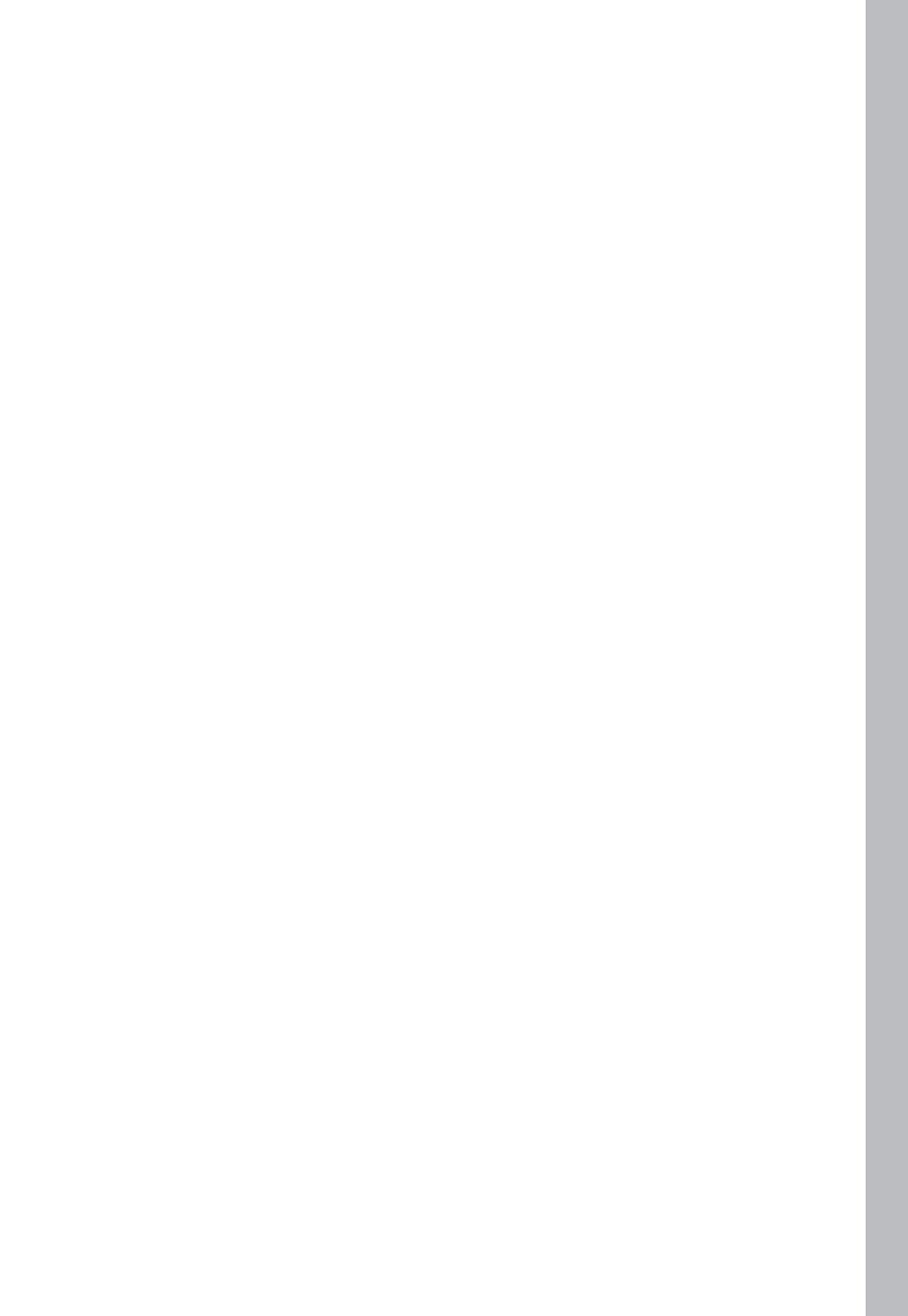
18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

E-mail: promociones@granadaclubseleccion.com



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.



INTRODUCCIÓN

El alma de cada hombre sólo la conoce en su totalidad Dios. Es vano intentar acallarla, tanto, como lo es a veces intentar encontrarla.

Puede que sea la compañera fiel de nuestra conciencia, puede que sea el pensamiento final de nuestra existencia, puede que sea el soplo de Dios en el hombre, puede que sea una locura, una quimera, mas sea lo que fuera, sin ninguna duda, es nuestra grandeza.

A poco que nos afanemos, la sentimos despertar poco a poco en nosotros hasta llegar a invadirnos y mostrarnos la presencia real e inequívoca de Dios.

Es un bien al que está destinado todo hombre, es un don al que tiene acceso cada hombre.

A veces, perdemos inconscientemente lo mejor de nosotros mismos. La capacidad de nuestros silencios, de nuestro recogimiento, de nuestra plenitud, mientras caminamos afanados tras vanas quimeras, que nos distraen del buen camino y nos apartan de Dios.

El alma es consustancial con el hombre y se asienta en la propia razón en donde, por quiméricas que sean las diversas ramas del pensamiento, finalmente por su propia razón, el hombre es conducido a Dios.

Decía al principio que, cada cual inconscientemente, es artífice de sí mismo y, por la misma razón, a veces el hombre desenvuelve su vida sin Dios, sueña sin Dios, se da incluso a los demás sin Dios.

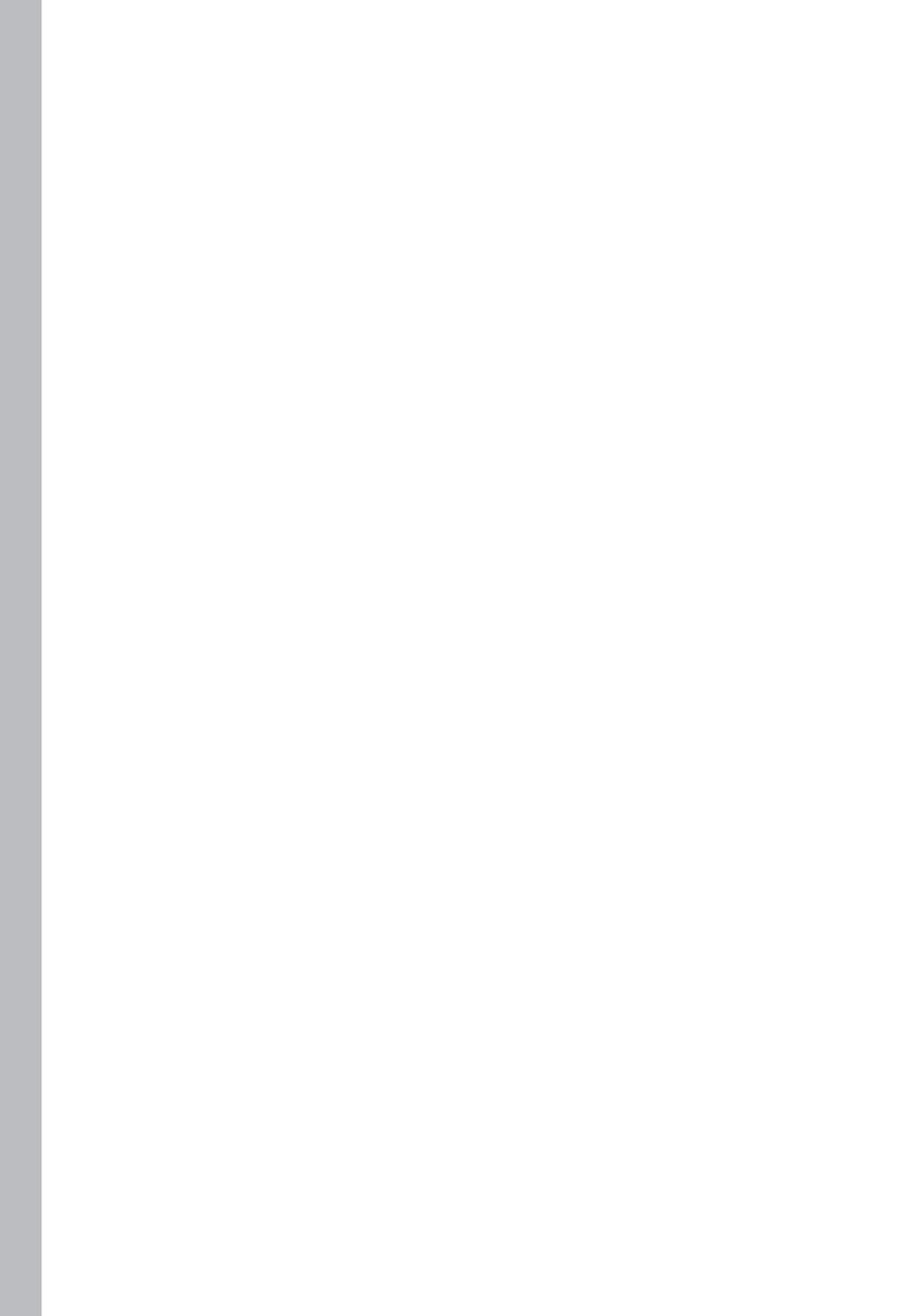
Pueden pasar los años, veinte, treinta, cincuenta, setenta, pero un día, la sinrazón de la vida azuza nuestra alma, siembra de inquietud nuestro espíritu y anhelantes buscamos ansiosos el sentido y la trascendencia. Y esto, puede ser en cualquier momento, en cualquier circunstancia, en cualquier estado. Y allí, a través del soplo de la fe

en nuestra alma, descubrimos a Dios.

Vivir en sintonía con Dios, nuestro Creador, no es patrimonio exclusivo de nadie y sentir derramarse en nuestra alma los dones de Su Espíritu no nos debe turbar ni a ti ni a mí, simples bautizados, simples cristianos, simples padres de familia, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios, y de sus labios puede surgir la verdad.

Con humildad escucharás su voz, te allanará los caminos, te consolará en tus penas, compartirá tus alegrías y pondrá en tus labios el consejo oportuno con que reconfortar a cuantos seres angustiados acudan a ti.

El autor.

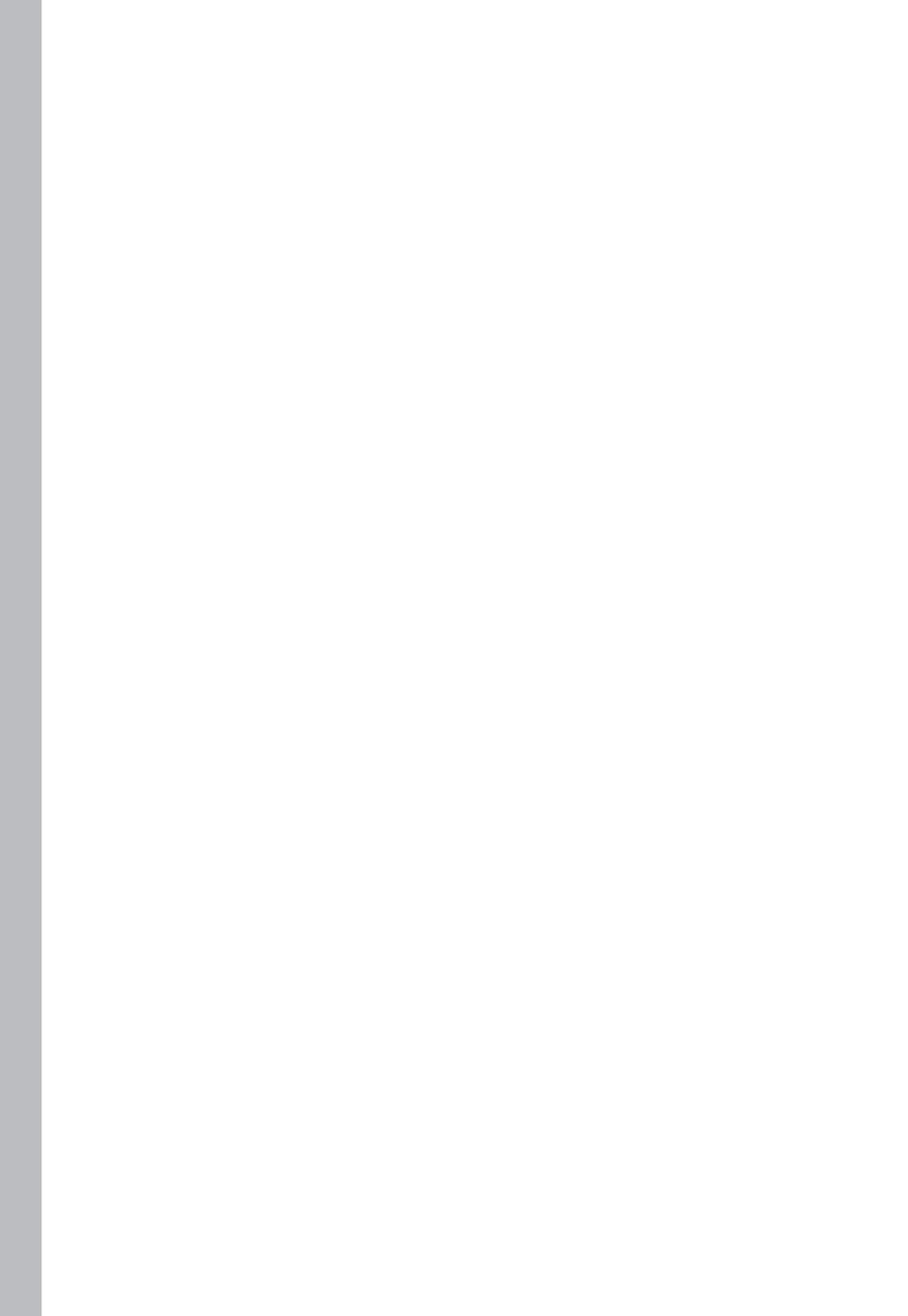


Tú, cuando ores, entra en tu cámara y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.

Y orando, no seáis habladores, como los gentiles, que piensan ser escuchados por su mucho hablar.

No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se lo pidáis.

Mateo 6, 6-8



1

Ten fe. La fe es como esa rosa perfumada que llenará de fragancia toda tu vida.

Es una rosa que siembra Dios al azar en los corazones de los hombres, y cada cual se ha de esforzar en alimentarla y cultivarla día a día, hasta el final de nuestra existencia; en donde alcanzará su plenitud en nuestras almas.

2

La sutileza es virtud cuando se emplea en el bien y en el amor. Para el mal, es la llama de fuego que nunca se consume. La llaga que nunca llega a cicatrizar. ¡Recuérdalo!

3

¡Otea! Otea desde ese alto lugar, símbolo de tu poderío terreno, ¡y envanécete!

De acuerdo. Pero, ¿te das cuenta lo que sería si pudieras mirar un día desde lo alto del cielo?

4

¡Tus caminos...! ¿Son mis caminos, Señor?

Por cuánta aridez, por cuánta penuria, por cuántas amarguras me haces caminar.

¡Si mi alma es tuya, Señor! ¿Por qué te gozas en atormentarla sin cesar?

5

Si a pesar de todo, el sol sale cada mañana pase lo que pase. ¿No piensas que Dios, te está invitando a vivir un nuevo día, tras la oscuridad y la zozobra de cada noche? ¡Con la esperanza de un nuevo amanecer!

¿Por qué no olvidas tus pasadas oscuridades, tu ceguera, y te llenas de la radiante luz de Dios, que te traerá la paz que ansías, la felicidad que buscas y el amor que añoras?

6

Da lo que tienes. ¡En abundancia!

Que la virtud, la prudencia y la honradez, es moneda muy preciada por Dios. No te reserves estos dones sólo para ti y

esfuérzate en que sea moneda común entre los hombres.

7

Humildad, me dices. ¡Humildad!
Y te avergüenza la sencillez, la pobreza, y la simplicidad de los tuyos.
Aprende de ese “modesto artesano de Nazaret”, que
llevaba en Sí la grandeza de nuestra resurrección y perdón.
¡Cristo Rey!

8

Al final de nuestras vidas, en el centro de ella sólo queda Dios, y
a su alrededor, la maraña de historias que compusieron nuestro
deambular por este mundo, plagadas de recuerdos y posesiones
que nos abstraen y nos inmovilizan.

Un día, harto de las exigencias condicionantes de este
mundo, quise poner nuevo orden en mi vida; compré un cerrojo
y una llave. Dejé cerrado en un armario lo más importante de mi
existencia (lo poco que de verdad significaba algo y tenía un
sentido) y del resto, inconscientemente acumulado que resultó
ser superfluo y vano, hice un montón y lo quemé.

Desde ese momento, comencé a vivir tranquilo y en paz.

9

Si quieres la gloria de Dios.
¡Merécela como un santo!
¡Deséala como un niño!
¡Búscala como un hombre!

10

Libremente. Sin ataduras.

Como corcel domado a quien se le restaura la libertad con el
amargo sabor del bocado metálico todavía en su boca; con las
cicatrices de las espuelas en sus lomos; con la grupa callosa y
dolorida. Con el sinsabor de los explotados. ¡Necias fidelidades
del hombre a los hombres, pagadas con traiciones!

Olvidaré mi pasado, y cual hombre nuevo, libre, sin
ataaduras, serviré solamente al Imperecedero, al Justo, al Santo.
¡Sólo a Dios!

11

Tú. ¡TU YO!

Profundo brocal donde caen los consejos, las enseñanzas, la vida de piedad, la entrega, la misericordia, la caridad, la naturalidad, la fidelidad, el amor. Para convertirlo todo en un sonido impreciso que repite la hosquedad de tu alma, como un clamor lejano. ¡Eco incomprensible para tu corazón de egoísta!

12

¡Cuántos desatinos por las pequeñeces!

Te falta naturalidad porque no tienes visión sobrenatural.

Lo divino y lo humano se confunden muchas veces cuando no juzgas con objetividad las cosas; incluso las más sencillas que te depara la vida.

13

A trompicones. Como barrenos que intentan remover la serenidad de mi alma estáis actuando, con el celo de vuestro proselitismo. ¡Qué pena!

¿No habéis visto jamás cómo la gota silenciosa y constante penetra en la dura roca y la perfora?

¿Cómo no aprendéis, pues, lo fructífero de ese hacer callado y perseverante y lo aplicáis en el trato de almas?

14

¿Estás solo? ¿Con tribulaciones, amarguras, sinsabores?

Abandónate en los brazos de Cristo y cierra los ojos.

Verás sólo Su Faz, y te sentirás sereno y confortado. Como en casa. ¡Entre familia!

15

Afana; afana. Que afanes terrenos no te faltarán. Unos, justos y santos. Los más, creados artificialmente. ¡Imaginaríos!

Si te esfuerzas por los primeros: crecerás y te fortalecerás.

Pero si los segundos, te hacen perder la paz. Medita sosegadamente. Rectifica, que aún estás a tiempo, y no entregues tu vida, tu juventud, ni tu alegría, a la desesperanza de una sociedad consumista, triste y desalentada.

16

¡Cobarde! Si lo sientes así... ¡Dilo!
¿No será mejor estar a bien con Dios y con tu conciencia,
que con los hombres y quienes les representan?

17

Ese pensamiento profundo. Esa sutileza. Ese raciocinio
para entender las cosas trascendentales que a tantos humanos
se les escapan.

El entender de esto o de aquello, sin apenas poner esfuerzo.
Esa capacidad de presentir. No eres tú. No te envanezcas. ¡Es
Dios en ti!

18

Lees y relees las Sagradas Escrituras una y otra vez. Pero la
aridez de tu alma no te deja asimilar.

¿No piensas que si fueras la mitad de bueno de lo que te
crees, tanta lectura de piedad ya te hubiera convertido en santo?

19

Si te limitas a eso. A ser un ruidoso cascabel en esta vida, jamás
lograrás ese silencio necesario para encontrarte a ti mismo. Te
lamentarás más tarde, cuando no tengas remedio, cuando hayas
perdido la capacidad de razonar, de enjuiciar, y sólo seas una
marioneta parlante manipulada por los demás a su antojo.

20

Date. Gástate. Desvívete. Olvídate de ti mismo, y vive por
los demás como vives para ti mismo. ¡Esto tan simple es el amor!

21

Mírate al trasluz. Cuando los rayos del Sol salen diáfanos,
limpios y brillantes por el nuevo horizonte, y te asombrarás de
tus suciedades, de tus imperfecciones; a pesar de ese artificioso
lustre que das continuamente a tu mediocridad.

22

Caminos los hay. Diversos y variados. El del egoísmo, el del
despotismo. El de todos los “ismos” que quieras atribuirte y

practicar. Son por lo general caminos sin retorno, en ellos perderás la paz, la conciencia y muy probablemente a ti mismo.

Te invito a reflexionar: Iníciate en el camino de la renuncia. A medida que avances por él y te desprendas poco a poco de tus egoísmos, de tus despotismos de tus “ismos”, descubrirás a otro “tú” que desconocías.

Si eres capaz de llegar al final, percibirás en tu paz y en tu alegría que acertaste en elegir el camino de la auténtica felicidad.

23

¡Encauza tus pasos!

Mira atrás con despreocupación. Hacia delante, con esperanza. Detrás quedarán tus errores. Delante, la misericordia de Dios.

Valora, sopesa, mide, compara, y arropa con el bagaje de pasadas experiencias, lo que no quieras que se repita en el futuro.

Lléname de paz, de sosiego, de la gloria y sabiduría que sobre ti derrame Dios, y vacíate de egoísmos, de envidias, de poderíos mundanos, de locos y necios afanes ¡y serás otro hombre!

Complaciente y sosegado. Entregado y feliz.

24

Sobre el tiempo y las cosas materiales, están los valores espirituales del hombre. Es la verdadera grandeza que nos identifica con Dios.

Los otros valores, los humanos, se falsean y manipulan. Son caducos, y se quedan enterrados con nuestros huesos.

25

Trabajas y te esfuerzas. Te agobias. Te desesperas. Y tu afán desmedido se está convirtiendo en una enfermedad de ansias de posesión.

Has perdido el norte de tu vida interior. Si sigues así, terminarás poderoso y encumbrado. ¡Pero dándote pena de ti mismo!

26

¿Hermano me dices? ¿Y por qué me apuñalas?
¿Quieres acaso comprobar que tenemos el mismo color de sangre?

27

¿No entiendo muchas cosas? ¿No sé muchas cosas? ¿No
distingo muchas cosas? - dices continuamente.
Y llenas las horas de tus días, de incesantes chismorreos, de
sesiones de televisión vacías de contenido, de aseveraciones
infundadas y temerarias.
Dedica más tiempo de tu vida, disparatada y atolondrada, en
sana meditación.
Reflexiona silenciosamente siquiera por unos minutos, y
verás cuántas cosas descubres del mundo, y de ti mismo, si
logras permanecer ese breve tiempo callado.

28

Primero, el orgullo. Después, la envidia. A renglón seguido,
la avaricia; junto a un mar de insidias y sinrazones que te
atenazan cruelmente a este mundo.
¿Para qué? – te preguntas al final - ¿Valió de algo
malgastar nuestra vida?
Sólo si pasas por este mundo desprendido de todo:
Alcanzarás primero la sabiduría de la vida. Con ella, la
verdadera felicidad. Después, la fe. Y más tarde, mucho más
tarde, si la mereces. ¡La eternidad de la gloria!

29

Son muchas las inquietudes.
Demasiados los sinsabores, las angustias y las penas que se
apelmazan en tu corazón, y que en ocasiones te hacen desear
estar muerto - son signos de tu falta de paz – .Es el peso de tu
lucha desmedida, abandonado a tus escasas fuerzas de pobre
hombre. ¡Pobre barro que ni tu propia soberbia te soporta!
¿Qué eres sin Dios? ¡Nada!
Abandónate en sus manos. Reza con devoción. Reconoce tu
insignificancia como un niño indefenso en sus manos. Y así,
unido a Él, ¡Lo alcanzarás todo!

30

Los afanes terrenos de los hombres son como esas hojas secas y caducas que dispersa el viento y que pudre la tierra.
Al final, de nuestros sueños quedan sólo quimeras; de nuestras obras, cenizas; y de nuestra grandeza, muerte.

31

No sólo con agua se apagan las llamas.
Las llamas del corazón y la ilusión se apagan con el desprecio, la sutileza del despecho, y la ignorancia.

32

Crees en los hombres. Opinas como los hombres. Razonas como los hombres. ¡Me parece muy bien!
Pero no olvides, que los hombres son de Dios. ¡Más aún! Y lo que queda tras ese cuerpo podrido, tras los huesos calcinados.

33

¡Necio! Te has perdido en tus propios razonamientos.
La luz con la que pretendías iluminar te ha convertido en ciego. Tu propia oratoria te ha ensordecido.
Por tu incongruencia, has perdido el norte de tu existencia, el rumbo de tus convicciones.
El único final es Dios y su justicia. Y tú, sólo hablabas de un Dios a tu medida. De un Dios, que colmase tu egoísmo, tu soberbia y tu vanidad.

34

Si tu bondad y tus buenas obras no te sobreviven, es porque no las practicaste.
Elogiarán tus riquezas, admirarán tus obras. Pero sólo bendecirán tu nombre aquellos a los que ayudaste.

35

¡Cuántos tesoros terrenos te atraen!
Tu coche, tu casa, tu apartamento, tu barco, tu avioneta, tus joyas, tu posición social, tu linaje... y continuaría, tu orgullo, tu soberbia, tu sensualidad, tu avaricia... y tantas sutilezas que acaparan tu mente y tu corazón.

¡Y sigues gimiendo a Dios!

Al “joven triste” de los Evangelios me recuerdas. Al rico que quería ser justo y alcanzar la vida eterna y no supo desprenderse de sus bienes terrenos.

¿De sus bienes? ¡De sus miserias! Sería más justo decir.

36

Soberbia. Necedad. Quizás, desencanto de ti mismo que se traduce en tristeza. En una destemplanza interior, que te impide ver los caminos de Dios.

Si vences al fin la ceguera de tus pasiones, verás a cada paso el gesto servicial y amable de tus semejantes. De tantos seres anónimos y humildes, que hacen la vida cómoda, amable, interesante y fraterna.

¡Sé como ellos y serás feliz!

37

Tienes el corazón roído. ¡Esa es la verdad! Vanidad, sexualidad, egoísmo. Pero mira; sólo con que reconozcas tus faltas y te humilles, puedes lograr de Dios un corazón nuevo - me dijiste -. ¿Recuerdas?

¡Radiante de amor y felicidad, siento su latir ahora!

38

Si todas tus buenas acciones y obras no traspasan la barrera del simple comentario sensiblero y se transforman en palpables realidades. ¡No tienen mérito alguno!

39

Miserias. Sinsabores. Privaciones. ¡Te espantan! ¿Y qué?

¿En qué parámetro te mides?

¿Tu dignidad? ¡Tu orgullo diría yo!

No será que tu soberbia, solapadamente, te impide compararte con el gran gentío de pobres menesterosos, a los que Cristo eligió para llamarles: ¡AMIGOS!

Con qué facilidad olvidan esto algunos que se llaman justos y buscan afanosamente sólo la cercanía y la amistad de los poderosos y acaudalados.

40

Percatarse maldiciendo, de la oscuridad de los momentos tristes y desagradables de nuestra existencia. Cargar con una pesada cruz en la vida con tristeza y desaliento. Abatirse en el infortunio y no vislumbrar a través de todo ese sufrimiento, la claridad del rostro de Dios, es despreciar el sentido de tu vida, y renunciar a tu santidad.

41

Qué triste es la ociosidad de la mente. Comienza por anular los sentidos y, cuando queremos darnos cuenta, somos un saco vacío sin consistencia ni contenido.

42

Hijo predilecto de Dios, te llamas, porque acudes diariamente a la Santa Misa, porque rezas, porque presides actos y asambleas. Y sin darte cuenta, pretendes reducir a muy poca cosa la Universalidad del Creador.

¿Sólo tú, hijo predilecto de Dios...? Y el que sufre con resignación. Y el que padece hambre y sed. Y enfermedad y marginación. Y torturas y vejaciones. Y el que carga cada día con su cruz y bebe resignado su cáliz de amargura y sigue amando en lo más profundo de su corazón a Cristo...

¿No es también hijo predilecto de Dios?

43

No te cieguen las riquezas de este mundo. Y fortuna por fortuna, tesoro por tesoro, afánate en conseguir los que te permitan alcanzar el cielo: Amor, caridad, y pureza de corazón.

Cuántas veces has leído o te han dicho cosas semejantes, pero tú, insolidario y egoísta te mofas de los mismos valores humanos que dices compartir de palabra, pero tus hechos te delatan, no conoces el amor fraterno, la caridad, y permíteme que te diga que tu corazón... ¡Ay, tu corazón! Es una piedra.

44

Tus contrariedades te abruman. Tus enfermedades te quitan la paz. Tus necesidades te hunden en la tristeza y la depresión. Atiende. Comparte. Mitiga las contrariedades, las

enfermedades y las necesidades de los demás, y sentirás que tus problemas son tan sólo un eco débil y distante del cúmulo de amarguras que te habías forjado en tu imaginación.

45

Podrán ser delicados tus modales. Podrán ser delicadas tus formas de vestir. Podrán ser delicados tu porte o tu andar. Pero si no es delicado tu trato a los demás. ¡Poca delicadeza hay en tu corazón!

46

Grandezas. Grandezas. ¡Grandezas!
Y sólo los grandes planteamientos entran en tu mente. Dios sólo nos pide caridad, entrega, compasión, - llana y sencilla - ¡Pero ya!
Olvida los grandes actos de los Santos, el heroísmo de los mártires. Tú eres sólo basura, estiércol. Pero piensa humildemente cómo, de la tierra bienazonada con él, surgen hermosas flores que nos seducen y encantan, alimentos que nos nutren, frutas que nos deleitan, plantas que nos sanan. Gástate, desintégate, anonádate, generosamente en esa tierra que es el amor de Dios.
¡Y por Dios, brillarás con toda tu grandeza ante los demás!

47

Practica la limosna. Da lo que tengas. Sin avergonzarte de tus pocos recursos. Acaso, ¿no maravilló más a Cristo los dos leptos de la pobre viuda que las monedas de oro de los poderosos, según nos narran los Evangelios.
Y en todo caso, alégrate; tu limosna es el fruto del sudor de tu frente, otras más espectaculares, quizás sólo son fruto de la sangre de gentes inocentes sojuzgadas y explotadas a causa del hambre.

48

El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién temeré? – dice el salmista.
¡El Señor es mi luz y mi salvación! – clamé yo con fuerza.
“Aunque en vano se conjuren contra mí mis enemigos, no

me vencerán. El Señor será mi luz, mi fuerza, mi fortaleza, mi vida entera. Sortearé sus trampas, sobreviviré a sus emboscadas, derrotaré sus infamias. ¡Guerrearé con mano firme sus guerras!

Dios me hará:

Ahogar con piedad, sus impiedades.

Anular con amor, sus desamores.

Perdonar y amar, sus odios

Y serán mis oraciones:

Las que les acompañen las postrimerías de sus vidas.”

49

Los enemigos, los detractores, los envidiosos y los inconformistas te criticarán siempre.

Haz lo que debas hacer en conciencia, y quédate en paz con ella.

50

No busques de manera afanosa y mundana, encontrar la paz y la felicidad perdurable en lo que te rodea.

Está sólo dentro de ti.

En las postrimerías de cada día. Si tus acciones fueron buenas; si en ningún momento perturbaste tu conciencia, si no offendiste, si no humillaste, si no maltrataste de palabra u obra a ningún semejante, saborearás las mieles de la verdadera felicidad en lo profundo de tu ser.

Habrás iniciado, sin darte cuenta, el camino hacia más altas metas. Te elevarás por encima de la humanidad racional a la percepción sobrenatural. Y por último; si perseveras, llegarás a la plenitud espiritual que trasciende más allá de la capacidad de razonar del hombre y te conduce a la santidad.

51

Agrada a Dios en tu intimidad, en tu vida familiar, en tu vida laboral, en tu vida social.

¿Qué te importan a ti esas personillas? ¿Qué vale su opinión?

¡Ni la del mundo entero, si con ello tuvieras que agraviar a Dios!

52

Las cosas son así. Sencillas. Como el amanecer de cada día, sin retorcimientos ni complicaciones.

Y si algo tan maravilloso y hermoso se renueva cada día, sin que tú sepas, si lo volverás a ver mañana porque no depende de ti, ¿por qué te causa tan gran malestar el pensar en esos o en aquellos pequeños problemas cotidianos, que tanto te quitan la paz?

¿Por qué vives aterrado por un mañana, que quizás no conocerás? Vive el hoy intensamente, ¡felicemente! Como si fuera cada día el último de tu vida. Y destierra lejos de ti los fantasmas de tus preocupaciones y desasosiegos. ¡Confía en Dios!

53

Si te sientes indigno de Dios, es porque le ofendiste.
Si esperas su perdón, es porque confías en su misericordia.
Si te duelen las ofensas que le hacen, es porque le amas.

54

Guijarros y cardos para nuestro camino. Y descalzos, de rodillas. ¡Con la cruz a cuestas como Cristo!
¿Lo entiendes? No te envanezcas entonces de ser cristiano y tenerle espanto y terror al dolor.
¿No ves que algo dentro de ti no encaja...?

55

Ni curas, ni clérigos. Hombres de la calle; padres de familia.
¡Sólo eso! Y un celo de Dios que arrebatara.
Incongruencias, despropósitos, contradicciones, fatigas, soledad en nuestras vidas. ¡Pero Dios sale un día al camino!
Nos llama por nuestro nombre. Ha pensado en ti, en mí, en el otro. Y ha hecho brillar su luz y su palabra en nuestras almas.
Nos emplaza en el lugar que desea y nos convierte en contemplativos en medio del mundo. Nos insta a santificar el trabajo, la vida de familia, a sentirnos hijos amados y apóstoles suyos.

56

Dolor. Sufrimiento. Privaciones. Enfermedad. Vocablos que trastocan, que inquietan nuestras vidas.
Los recibes, como arietes que te hieren, como acicates de tu poltronería, y todo, porque te falta visión sobrenatural.
El dolor y el sufrimiento son los grandes pilares de tu reciedumbre y de tu personalidad. El aceptarlos y el

sufrirlos calladamente por amor a Dios, te darán el temple
que dan el fuego y el agua al acero.

57

¡Qué extraño eres!

¿Por qué tu reciedumbre te falla, precisamente a la hora
del esplendor, si sabes soportar con tenacidad y valentía las
más duras pruebas?

Piensa que, encumbrado y poderoso, podrás hacer más
amable la vida de los que te rodean. Y alcanzar a más seres, el
bien que para la humanidad entera deseas, y podrás combatir
con más contundencia a quienes propagan el mal, la destrucción
y la confusión. ¡Sé valiente!

Deja escapar de ti esa tentación del diablo que te confunde y
que crea en tu conciencia una falsa culpabilidad de estar faltando
a la humildad.

Tú, no te buscas a ti; buscas a los demás en ti por Dios.

¡ACTÚA!

58

Tras el dolor está la vida. Tras la cruz, el cielo.
Aprendamos a aceptarlo. Pero no lo busquemos
morbosamente.

De Cristo nos viene la salvación que es alegría. La redención
que es gozo. La esperanza que es plenitud.

Como cristianos tenemos derecho a la felicidad, a la alegría,
a esa plenitud de vida y de gozo, que sólo unido a Cristo, es
capaz de percibir el hombre.

59

Sí. ¡Eso sí! Tienes un gran corazón.

Una entereza con la que ganar duras batallas. Eres
admirable, pero la vida es taimada, “como a corderos en medio
de lobos” mandó Jesús a sus apóstoles. Esa es la realidad que
nos circunda. Y la gente falla, y los amigos traicionan, y los
villanos matan.

A medida que nos alejamos de Dios, todo se torna turbio,
distante, cenagoso. Ama a Dios y a quienes le aman, confía en
Dios y en los que en Él confían. Sin importarte su país ni su

raza. Así, sin darte cuenta, estarás tan cerca de ellos, como de tus propios hermanos de sangre.

Emplea tu corazón en amar y hacer el bien a todos, pero celosamente guardado para Dios, en cada instante de la intimidad de tu vida.

60

Buscar a Dios, afanosamente, en el logro de un encuentro milagroso y portentoso que como a San Pablo, nos derribe del “caballo” de nuestra soberbia y de nuestra mezquindad, ¡es necio por nuestra parte!

A las dos, soberbia y mezquindad, las ha de vencer discreta y silenciosamente, la presencia del Espíritu Santo en nuestras almas.

Dios se revela a cada cual de forma distinta. De forma distinta somos. De forma distinta respondemos a la gracia. De forma distinta seremos salvados.

61

Ten confianza en Dios. Y en los momentos adversos de tu vida, te hará comprender que todo es para bien.

En los momentos felices, dale gracias; comparte con Él tu alegría. No es un Dios de plañideras, ni de duelos, ni de penalidades. Es el Dios de la vida, de la esperanza, de la resurrección, de la felicidad eterna.

Congratúlate con Él. Ábrele tu corazón y te mostrará el mar sin orillas de la verdadera felicidad que guarda para los bienaventurados.

62

Busca. Rebusca en tu conciencia. Puede que encuentres más de un motivo de sonrojo para tu rostro. Pero no estés contrito. A pesar de todo, alégrate, ¡aún estás vivo! Aún te queda capacidad de análisis, de reflexión. Aún estás a tiempo de comenzar de nuevo.

Pero si fuiste justo y no encontraste nada de que arrepentirte, por más que rebuscaste en tu conciencia. Tu niñez espiritual, también te hará sonrojar: ¡De humildad!

63

¿Tus pecados? ¿Los del mundo? ¡Si lo sabré yo! – sueles decir

cada vez que escuchas nuestras flaquezas - ¡Si lo sabré yo...!

Y así, a pesar de todo, ¿cómo puedes, Señor, seguir llamándonos hijos tuyos?

Porque os humilláis, porque os esforzáis, porque queréis mejorar, y todo esto es prueba de que vosotros también me amáis como un padre.

64

¡Señor, Señor...! - clamaba el justo.
Dame penas y dificultades. ¡Pero no me des dudas!

65

Los mares, los soles, las tierras, los cielos, los ha hecho Dios y no quieres entenderlo, sabio mezquino. Tú en cambio, con tu soberbia y vanidad, ¿qué puedes hacer que no muera contigo? Salvo eso sí, que reflexionando un día, intentes imitar siquiera burdamente la vida de Cristo; te arrepientas, y pongas por salvar tu alma el mismo empeño que has puesto hasta ahora para perderla.

66

Lo afable de tu rostro. La paz de tu sonrisa. La tranquilidad de tus ademanes. La nobleza de tu comportamiento. ¿No es todo ello gracia de Dios?

A qué vienen pues tus dudas, tus escrúpulos, y el pensar si obras conforme a la Ley de Dios.

Si dedicas tus días a los demás, si vives para servir a los demás, si te desvives por agradar a todos. ¿Cómo no ha de vivir Dios en ti?

67

¿Tu amor? ¡Su amor! Vive como un enamorado, pero sin estar celoso ¡El amor de Dios es con todos y para todos!

Para los que ya le conocieron, para los que ahora le conocen, para los que le conocerán hasta el final de los tiempos.

Cristo es la llama de amor eterno, en el que se miraron, se miran y se mirarán, todos los hombres de bien que amen, que respeten, que compartan y que sueñen en ese mundo nuevo prometido de paz y de felicidad.

68

Cuántas veces le has dicho a Dios, alma ilusionada: ¡Señor,
Tú y yo a solas, como dos enamorados!
Y luego, la vida, y luchar, y pelear, y sufrir, y coronarse
de espinas.

69

Esas pequeñas cosas, hombre de Dios, son las que tienen que
hacerte reflexionar: Una gota de agua, un grano de arena, un
gesto, un pensamiento, una sonrisa, una lágrima.
El observar las cosas pequeñas y admirarlas, te hará grande.
Dios, la mayoría de las veces, no es ostentación,
grandilocuencia, inmensidad. Sólo con sutileza, con
sensibilidad, con modestia, con humildad, lo detectarás. Y sólo
con tu entrega confiada y amorosa, asomará a ti el soplo Divino
de Su Gracia.

70

Y el Señor, se hizo realidad. Se sentó a mi lado. Me mostró
su cruz, me enseñó sus llagas, sus manos taladradas, su frente
ensangrentada, su espalda desgarrada, su costado herido, y...
cobarde, escapé aterrorizado.

71

Como fluye el agua del manantial, clara, fresca, cristalina.
Así, se muestra la gracia de Dios en nuestras almas: Apagando
la sed del pecado; el bramar de nuestras aberraciones; el
rescoldo de nuestro rencor; el fuego de nuestras conciencias.

72

Como el “tic-tic” del reloj se percibe con toda claridad en
el silencio de la noche, así la voz de Dios, en el alma del que
permanece atento. Es cual suave y acompasada música, es como
un susurrante diálogo. Silencios, sin ruidos de palabras, que
llegan a lo hondo del corazón.
¡Diálogo de enamorados, que emana desde la propia entraña
del amor!

73

¡Todo es para tu bien! ¿De qué te quejas, alma de niño?
¿No leíste que hasta Cristo dijo: “Padre mío, si es posible,
pase de Mí este cáliz...”

Pero sólo desde lo alto de la cruz, atraería hacia Sí la mirada
de todo el mundo. ¡Morir para resucitar!

Tú también tienes que morir, no una, sino mil veces.

Morir en tu comodidad, en tu prepotencia, en tu vanidad, en
tu egoísmo, en tu mezquindad, en tu usura, y en tantas y tantas
cosas que te convierten en un ser hosco y estéril para amar al
prójimo, para entregarte, para sacrificarte, para seguir con
humildad la voluntad de Dios.

Tienes que enterrar ese hombre viejo que habita en ti; que te
ancla en la tierra, y que te hace añorar sus glorias y sus tesoros.

¡Olvida esas vanidades mundanas, para resucitar nuevo y
esperanzado en la contemplación del cielo!

74

Tú. Tu pequeñez, ¿y qué?

¿Acaso no fue también Jesús un niño pequeño?

Cuando rezas y cumples eso de: “Amarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser” ¿No
sientes dentro de ti que te robusteces y te creces ante la
cercanía de Dios?

Es esto lo que te ha de hacer sentir como un gigante,
pletórico de su AMOR.

75

Pobreza. Ignorancia. Dificultades. ¿Y qué?

A quién si no, como tú bien sabes, eligió Jesús para
apóstoles suyos que no fueran: pobres, ignorantes, humildes,
sinceros y puros de corazón. Medítalo serenamente y ¡alégrate!

76

Desde el principio de la vida: ¡Tu voluntad, Señor!

Hasta el final de la vida: ¡Tu voluntad, Señor!

Después y ya para siempre: ¡Tu voluntad, Señor!

77

El hombre honesto se afana por ir al
paso de Dios y no perder el pelotón.

El tibio, en seguir su propio camino, cómodo y sin ataduras y
marchar por libre por la vida, sin importarle ni pasarse a pensar
en los demás para bien ni para mal.

El manipulador y corrupto es experto en desandar todos
los caminos que sean necesarios para explayarse a gusto y
acaparar bienes y dinero a sus anchas, sin pensar a quien
perjudica, ni sentir remordimiento alguno por sus malas obras.

Los tres casos se podrían definir, como tres grados de
percibir el hombre la impronta de Dios en su corazón: Bien -
Mal – Muy mal.

78

Medir el amor terreno es fácil. Mas medir tu amor, Señor,
cuán arduo y difícil nos resulta

Sólo morir, sirviendo por amor, sería el pago en la justa
medida.

Alta meta para nuestra mediocridad humana.

79

Te prefiero así. Tu lenguaje, el mío, el del mundo.

De lo contrario, ¿cómo pretender que nos entienda el mundo,
si no hablamos su propio idioma?

¿No nos perdemos frecuentemente en tecnicismos y
filosofías, con las que más que pretender que nos entiendan
cuando les hablamos de Dios, nos preocupa nuestro propio
lucimiento personal?

¿No ha sido acaso eso, este diálogo de sordos, lo que nos ha
conducido al actual desánimo por la vida sobrenatural y religiosa
que impera en el mundo?

¿No habrá sido para nosotros un simple devaneo el
interesarnos por las cosas de Dios?

¡Qué sorprendente puede resultar nuestro juicio ante Dios, a
pesar de nuestros supuestos buenos propósitos!

80

¿Y mañana...? No te lo preguntes. Vive el hoy, como lo que

es y significa: “El momento actual, el ahora, la realidad que vives”
El mañana sólo es de Dios. Y de ese mañana, sólo te ha de preocupar tener tu alma en gracia para poder contemplarlo a Él cara a cara.

¿Te das cuenta, bajo la premisa del amor, qué fácil resulta vivir la esperanza?

81

Sé instrumento de Dios - me dices cada vez que te abro mi corazón en confesión y te muestro mis dudas -. ¡Sé instrumento de Dios!

Qué más quisiera yo, esta piedra inútil y deforme que soy, que ser siquiera piedra de pedernal, donde el más humilde de los artesanos afilase sus instrumentos de trabajo en servicio a Dios.

82

Señor. ¡Cuánto amor!

Para el desamor que hallaste en la Tierra.

Y aun los que dicen amarte; con cuántas reservas, con cuántos condicionantes, con cuántas exigencias.

83

Esfuézate en esos afanes sobrenaturales del apostolado, al que está destinado cada bautizado. Sé semilla oculta y fértil de esa fe, que volverá a resurgir de nuevo en la primavera de un nuevo Reino de Dios dando inmensos frutos.

84

Cuántas veces como a mí, te han saltado las lágrimas cuando pensabas tras una meditación, en tu insignificancia y tu podredumbre para agradar a Dios.

Pero por eso precisamente te ha elegido. Por tu mediocridad, por tu humildad. Para dar así, a través de ti, testimonio de su grandeza.

85

¿Cuándo serás el primero entre los que te rodean?
¡Cuando les laves los pies!

¿Cuándo el primero entre los justos?
¡Cuando te coronas de espinas por ellos!

¿Cuándo el primero entre todos tus hermanos?
¡Cuando te crucifiquen por amor a Dios!

86

¡Qué importa! - decía el justo cuando le abofeteaban.
Con la vara que midiereis, seréis medidos y, al menos a mí,
me queda la satisfacción de que seré medido por Aquel, por
quien me estáis martirizando.

Aprende de Él, y si has de sufrir, sufrir por sufrir, hazlo en
ofrenda a Dios. Así, si has sido desgraciado en esta vida,
asegúrate la felicidad en la otra.

87

Amor. Dios. Vida.
Vida, amor en Dios.
Dios, amor y vida.

Qué más da el orden con que lo expresemos. Si lo
importante es sentirlo de verdad en nuestro corazón.

88

¡Bah, literatura! – exclamas despectivo por toda respuesta –
Sí, Santa literatura, la que narra las cosas de Dios. La que se
desgrana sobre ti, como germen de trigo, buscando tierra
fecunda en tu corazón.

¿Es posible tanta aridez en tu mente cultivada, que su lectura
no arranque de lo hondo de tu ser el piropo de un noble
pensamiento, la emoción de una lágrima, la caricia de un
suspiro, el ardor del amor, ni la gratitud de una oración?

Qué poco comprendes, que precisamente de todo ello, está
compuesta cada línea. ¡De nobles pensamientos, de lágrimas, de
suspiros, de amor, de oración, de esperanza! Y de un inefable
amor de Dios por todos y cada uno de nosotros.

89

¿Y tú me dices que vivo de espaldas a Dios?
Has errado. Él vive justo detrás de mi espalda.

¡En mi corazón!

90

Sólo yo – dices- ¡Con mi Dios a solas!
¡Pobre diablo! Estás equivocado.
¡Ha de ser Dios, y tú, y la humanidad entera con Dios!
Solidarios; unidos; amantes; felices.

91

Somos irrepetibles. No lo olvides a la hora de dar gloria a Dios.
Quien te suceda, podrá dar su toque personal. Ser sombra que sigue tus pasos. Pero solo tú, si Dios así te lo pide; tras de marcar el camino, trazarás los planos, levantarás el edificio, serás la piedra angular, el sostén y los cimientos de tu propia obra.
Los demás, con sus afanes y buenas intenciones, sólo serán nobles adornos para tu obra.

92

Quiero ser amigo tuyo, Jesús. Pero sin cruz.
Sé que has pensado esto en muchas ocasiones, y obrando así, ¿qué esperas...? ¿Acaso con el amigo no se comparten el pan, el trabajo y el camino?
La cruz son las raíces de la felicidad. Si no quieres entender esto, es vano que puedas entender lo que es llamarse amigo de Cristo.

93

El amor sembrado por Dios en nuestros corazones, y el cumplimiento de sus preceptos, son el único germen capaz de desarrollar la paz y la armonía entre toda la humanidad sobre la faz de este planeta. Pero si prevalecen Satanás, el odio y la guerra, la humanidad se aniquilará enzarzada en una espiral de violencia.
Esperemos que los hombres justos pongan remedio a tiempo.

94

Que toda tu vida sea naturalidad.
Como la de Jesucristo en su vida oculta, en su esplendor, en su amor, en su gloria. ¡En su cruz!

95

Las más profundas de las filosofías del hombre se
derrumban ante la grandeza de Dios.

La más sutil de las filantropías, las más piadosas de las
misericordias del amor humano, quedan nulas ante el amor de Dios.

La más exquisita humildad, la más paupérrima pobreza
humana, queda empequeñecida ante el pesebre.

Como un puente entre ambas consideraciones, la cruz de
Cristo las une, les da sentido. Las enaltece. Las santifica.

96

Después, todo será inútil - me dices -. ¡Sé desprendido!

Pero, ¿de qué quieres que me desprenda? ¡Si ya voy
desnudo!

97

La vanidad es consustancial con el hombre.

Ser Santo, es combatirla.

Ser Mártir, es terminar con ella.

Pero de ordinario el hombre no llega a tan altas metas.

Quizá es este el motivo de que la vanidad acampe a sus anchas
en nuestra sociedad, imponiendo formas de vida, modas,
conductas, moralidades. Un caldo de cultivo ideal para la
frivolidad y la autosuficiencia, en donde se recrea el hombre que
alejado de Dios, se cree asimismo un dios.

98

No hay mejor despertador que nuestro corazón.

¿Acaso, la madre que ha de amamantar a su hijo no se
despierta pronta y solícita al clamor del alma?

Del mismo modo, en nuestra vida de piedad, ¿no seríamos
más diligentes y menos perezosos si escucháramos la voz de
nuestras almas con mayor atención?

99

No abandones tu rebaño. ¡Ni siquiera un momento!

¿No ves que, como a niños, les aterra la soledad y la ignorancia?

100

Esa energía que como inmenso caudal de agua se desborda de ti. Que no se extinga inútilmente en el mar de la desesperanza. Antes bien, que sea fuerza y motor que impulse y fomente el amor en servicio a Dios en cuantos te rodean.
Alcanzarás así, el mil por uno y la vida eterna.

101

La alegría sana que emana del alma, no deja cerrar los ojos a la contemplación de la realidad.
Y por eso, no deja de apereibir ese desamor, esa frivolidad, esa irreflexión, ese egoísmo, que el mundo pretende envolver en la locura de una risa estentórea, sin raíz ni razón. Pretenden vendernos la grotesca máscara de una falsa felicidad, comenzando por intentar cegar nuestro entendimiento y nuestra voluntad a la verdadera felicidad, que tiene por único fundamento la vida en sintonía con el querer de Dios.

102

Se nos ha dicho; “los hombres son como el hierro. Deben de probar su dureza en la forja, ¡con fuego y golpes!”
También tú y yo. Es la única forma conocida para que el hombre se haga acreedor de su temple. Pero con una reflexión serena, sin masoquismos, sin rendir culto al dolor que se puede transformar en violencia, sin sumergirnos demasiado en esa agua de la amargura, donde templados en demasía, como le ocurre al acero, nos hagamos quebradizos.

103

“He aquí, a la pobre criatura clamando a Dios...”
Y se ve, barro, suciedad, pecado, ignominia.
¡Llora! Y sus abundantes lágrimas reblandecen su duro barro, limpian su suciedad y dejan al descubierto su corazón, su alma humilde, que se llena de resplandeciente gracia en la bienaventuranza del perdón de Dios.
¿Y tú? ¿Cuántas veces has llorado ante Dios, con la sinceridad de un hijo, mostrándole la suciedad real y auténtica de tu alma en el Sacramento de la Penitencia?

104

El mayor sinsentido de esta vida, es pretender hallar sentido a las locuras de la mente humana alejada de Dios y sus preceptos.

105

¡Barro! No eres más.
Pobre barro, polvo inmundo. Nada al fin, por muchas riquezas ni honores que poseas. ¡Piénsalo!
Lo único que vale de ti será al final de tu vida, para Dios o para el demonio.
¡Tuya es la elección!

106

Piedad, me dices. ¡Vida de piedad!
¿Y por qué otra razón crees que me dejo crucificar, en tantas cosas, todos los días de mi vida?

107

¿A quién tratas de engañar? A Dios, no, desde luego, con tus dudas y tus silencios.
¿A qué esa tibieza, ese sonrojo, cuando se cuestiona la moralidad de tu conducta?
Me dices que no crees, aunque te llamas católico, ni en la Confesión, ni en el Juicio Final. ¡Qué locura!
Pues mira, allí es donde más te sonrojará el que quede algo en tu conciencia. ¡Eso que ocultas y callas!

108

¡Ojo por ojo! - me dijiste - ¡Diente por diente!
Pero eso era antes del amor misericordioso de Cristo.
¿En qué época estás anclado? Por qué no, amor por amor, entrega por entrega, perdón por perdón.
Obrando a tu modo, ¿dónde quieres llegar?

109

¡Qué gran corazón!
Se les ve venir de largo..., claramente. Y cuánta piedad para dejarse engañar. Incluso sonreírles. Aun cuando la

Samaritana que se cruza en tu sediento camino de amor, no te diga la verdad que intuyes, que adivinas, que sabes.
Es la grandeza del que imparte el Sacramento de la Penitencia.

110

¿Y ese...? ¿Y aquel...? ¿Y el otro...? – me dices mil veces justificándote - ¿Cómo viven así, diciéndose cristianos?

Y a ti, qué. Si cada cual ha de ser juzgado por separado.
Tú, límitate a darles buenos consejos. Ayúdales a clarificar sus ideas con la humildad y la sabiduría que te inspire el Espíritu Santo y deja lo demás a sus conciencias y a la misericordia de Dios.

111

Mundo. Mundano. Es sinónimo de superficialidad, de vanidad, de egoísmo. Tú, mundano te denominas. Y te jactas de ello: De ser un católico mundano.

¿Qué esperas lograr alcanzar con tu insensato proceder?
¡Guárdate, no sea que al final, sólo te valga todo ello para perderte el cielo!

112

¿Así, hermano mío, quieres que te abra mi corazón?
¿Pretendiendo que imite tu cinismo y lisonja?

113

Si de la misma manera que dejamos nuestras ropas al desnudarnos para acostarnos, las encontramos al día siguiente.
Del mismo modo, como dejemos nuestras almas, las encontraremos cuando las necesitemos.

Ya ves, lo poco que cuesta encontrar llegado el momento, algo más que un inmundo guiñapo.

Ordenemos nuestras vidas, evitando dobleces, arrugas, suciedad y desorden.

114

Podrá perder el hombre su pan de cada día. Podrá perder el trabajo, la fortuna, el prestigio, las ilusiones, la esperanza de sobrevivir, podrá perder incluso la vida.

Pero si pierde su fe en Dios, habrá perdido todo por lo que merecía vivirla.

115

¡Cálmate, hombre! Que tu cielo será para ti, si lo mereces.
Cielo sobra para todos, y lo importante es que cada cual lo merezca. ¡Que se lo gane!

Y ese que encubre su vida y su actuar con mentiras, hipocresías y falsedades, ¿a quién engaña? A los hombres. ¿Y qué? Si el cielo nos lo concede, sólo Dios, y después de muertos. Cuando ya nada podemos hacer por nosotros mismos, ni por nuestros méritos.

¡No pretendas jugar con Dios!

116

Pobreza, me dices, como norma de vida. Santa pobreza.

¡Pobre Santo!

Hoy, hasta los que se dicen justos malversan y roban ansiosos de riqueza y de poder, ajenos a la miseria de otros seres humanos que viven a su alrededor. ¿Dónde ha quedado el temor divino, que nos hacía ser comedidos, justos y caritativos...?

117

¡Son cosas de la naturaleza! - me dices - Y no te lo discuto. El sol, la luna, las estrellas, los astros, los planetas, las galaxias, el universo entero. Son auténticas verdades, constantes e imperecederas sometidas al designio de su Creador. ¡Es lo que deseo que no intentes olvidar!

Y negarnos nosotros mismos el derecho a la participación y al desarrollo de todo lo que nos rodea, por cuanto que estamos inmersos en ello, sería negar la omnipotencia de Dios como garante de nuestra libertad de acción y de elección.

De un Dios de eternidad. Como la naturaleza misma.

¡Porque la naturaleza es de Dios! ¡Y las cosas de la naturaleza, amigo mío, son cosas de Dios!

118

Una meta. ¡Una meta! - es tu obsesión constante.

Pero las metas, amigo mío, siempre están al final de las carreras.

¿Por qué no reflexionas primero serenamente, el camino a seguir sin necios extravíos, para conseguir lo que deseas de mí?

119

Lo sé. ¡Lo sé, Señor! Me he resistido mucho tiempo.
Pero tu cruz, Jesús mío, ¿dime que no es sólo esto...?
La humildad del pesebre, la pobreza, las privaciones, las
calumnias, las difamaciones, la incomprensión, la soledad, el
dolor, el sufrimiento, la muerte.
Que también es: La paz, la alegría, la plenitud. ¿Verdad,
Señor? ¡Y la resurrección y la gloria!

120

¡Señor...! Dime que no es sólo sensiblería cuando lloro por tu
muerte en la cruz por mí – decía sinceramente aquel fuerte
mocetón.
Y es que, cuando el amor de Dios deja de contemplarse de forma
global como si no fuera con nosotros, y se personifica, adquiere
para cada individuo el auténtico valor del desprendimiento y la
grandiosidad que lo acompaña. Del nosotros, al yo, del por
todos, al por mí, crea el auténtico valor de la paternidad de Dios,
por todos y cada uno de nosotros especialmente

121

Raza escogida. Sacerdocio eterno – leí.
Y me vi, simple pescador. De estirpe de pescadores.
Y al pensar en las gracias de la revelación de Tu Nombre,
depositadas en mí, me estremecí un momento, Señor.
Era la intimidad de la reflexión lo que abría mis ojos ciegos
a la luz de la gracia.
Esta fue mi conversión – me dijiste -. Y cuántas veces, tu
seguridad y obediencia a la voluntad de Dios, me ha
reconfortado y animado a seguirle.

122

En tus manos, Señor Jesús, abandonado y solo. Esa es mi voluntad.
Contigo, amado, arropado, protegido. Esa es Tu Gracia.

123

El amor del mundo que tú buscas es sutil ensueño de un
momento efímero de placer, que con cada amanecer se disipa.

Sólo queda: El quizá pudo ser.

Pero el que perdura con el paso del tiempo. El que llega hasta el final. El que vive con entrega y desprendimiento hasta la inmundicia del dolor y la enfermedad para hacerlos sublimes. El que rebasa el tiempo, las miserias y las pasiones. Ese, con toda certeza, es un amor aprendido de Dios.

124

La dogmatización a veces oscurece el espíritu. La simplicidad en el trato con Dios sin artificios evasivos, son el nexo cierto del justo y cabal entendimiento entre tu alma y la suya y esto, mediante un diálogo sincero en el proceder y sencillo en el hablar.

Entender esto tan simple, es comenzar a entrar en otra dimensión.

125

Ser y Tener. Esto es lo normal en la cruz.

Te lamentas que la tienes en aquel o en el otro.

Pero tu egoísmo y tu vanidad te impiden ver que, también eres tú, con tus faltas y tu comportamiento, una pesada cruz para muchos.

126

Volver a comenzar. Olvidar lo pasado. Sanear nuestras ideas. Reafirmar nuestras convicciones. Revestirnos de valor y desterrar de nosotros el cúmulo de pasados prejuicios y de errores que conformaron nuestra vida, es labor de renovadores, de luchadores, de vencedores.

Eso serás tú. Si eres capaz de convertir al viejo caduco, medio muerto ya para la posterioridad que eres, en ese nuevo y vigoroso hombre “joven” (a pesar de tus años) que Cristo, como apóstol suyo, te emplaza a ser.

127

Duermes confiado. Como un buen hijo de Dios.

¡Magnífico!

Pero no olvides, que hasta tus horas vespertinas, aun tus sueños, deben de ser para Él: ¡Para Su Honra y Gloria!

128

Dudas, ambigüedades, contrastes. Y tras el paso de los años, amigo mío, no pones remedio a tu falta de identificación con Dios.

Clama a Él, desde lo profundo de tu ser. Desde tu cuerpo terreno, mientras conserves tu capacidad de razonar y de amar. Antes de que convertido en polvo, no quede ya de ti, ni mente, ni voluntad.

129

Un punto de mira. Una proyección. Un plano.
Y las cosas cambian de forma y se agrandan y se achican.
Según como se las mire. Según desde donde se las mire.
Y tú, con esas incongruencias de criterio, con tus limitaciones humanas, con tu manifiesta ceguera, que a veces, ni te permite ver lo que realmente estás viendo. Cómo quieres ver y descubrir y descifrar y desvelar y discutir y dimensionar las cosas de Dios.

¡Pobre inocente! - te podría decir, por no herir tu vanidad.
¡Ignorante! Al niño que pretendía coger con sus manos la luna reflejada en un estanque me recuerdas.

130

Una fugaz ilusión. Un segundo en el tiempo. El resplandor de un rayo. El batir de una ola. El esbozo de una sonrisa. Esto es esta vida. La tuya, la mía, la de cualquier mortal.

La posesión suma. Todo el tiempo de la eternidad. La luz de mil soles que nunca se apagan. La inmensidad de los océanos. La felicidad interminable. Esto es, la otra vida. La tuya, la mía, la de cualquier mortal. La que nos aguarda junto a Dios.

Piénsalo un segundo serenamente. Y quizás te puedas evitar lamentarlo toda una eternidad.

131

No te comprendo. Buscas sólo la vivencia cómoda y aburrida del burgués. Pides seguridad en todo. La exiges de Dios.

Y con una grotesca máscara de piedad te quieres convencer a ti mismo, que te estás asegurando, con tu comportamiento, ese cielo que deseas. ¡Pobre egoísta!

132

Pensar en la muerte es para algunos un horror, para otros un final atroz, y para muchos, el fin y destino deseado de amor y plenitud. Todo está en el ánimo que hemos impreso en nuestras almas y de los actos buenos o malos con que hemos revestido nuestras vidas. Como siempre, somos la consecuencia de nuestras propias decisiones. ¡No lo olvides nunca!

133

Anonadamiento - Valor

Vida de infancia - Reciedumbre

Y dentro de tu interior, se debaten parámetros y comportamientos que no llegas a entender del todo.

Vigor - Mansedumbre

Fortaleza - Humildad

Liderato - Servidumbre

Son lenguajes de dos formas de vida que se entrecruzan, que se complementan: la humana y la espiritual.

Sólo a medida que avances por el camino de la perfección y la espiritualidad, tendrás la ciencia suficiente para comprenderlas, y la gracia de Dios necesaria para vivirlas.

134

Contemplaste embelesado cómo de entre las piedras secas, calcinadas por el Sol, surgía un diminuto borboteo de agua, apenas imperceptible, de no ser por el reguero húmedo, pardusco, que dejaba a su paso.

Seguiste interesado su breve curso, ¿recuerdas? Apenas unos cuantos metros, que lo unían a otro de frescas aguas que saltaba de una peña, y ambos, a unas decenas de metros, se unían al río de caudalosas aguas.

Así somos tú y yo; apenas nada. Pero si sabemos unir el minúsculo caudal de nuestras energías al servicio de Dios, todos unidos a la causa común de Cristo, formaremos el torrente caudaloso y renovador que fertilizará para su “re Cristianización” las tierras de la vieja Europa.

135

Te dices: “Despegado de Dios”. Qué extraño suena, ¿verdad?

Dices que te fallaron los hombres. Que te fallaron los maestros. Que te falló la religión.

Permíteme, amigo mío que te diga, ¡que te fallaste tú!
Te lanzaste al mar sin orillas de la desesperanza y tu falta de visión sobrenatural te hizo zozobrar.

Apoyaste tu pie sobre sendas torcidas que guiaron tus pasos a la iniquidad. Y quedaste seco, como flor tronchada en el páramo.

Te dejaste seducir por cantos de sirenas y desoíste la voz certera y exigente de Dios.

Aplaca tu ira, hermano mío. Serena tu aliento. Y escucha desde lo profundo de tu corazón, la palabra, el consejo y el amor, que como un susurro te clama constantemente Dios.

Ámale. Ama al amigo fiel, que no traiciona. Al padre que siempre perdona y Él, te llevará de retorno por ese camino de reencuentro con la fe y la paz perdida.

136

La cruz de Cristo es luz. ¡No lo olvides!

Las miles de luces de este mundo, que nos seducen y encantan, son las peores de todas las cruces. Nos agobian, nos desesperan, nos angustian, nos corrompen, nos enloquecen, nos esclavizan y nos matan para la eternidad.

137

Recuerda siempre que la sociedad es injusta cuando el hombre es injusto.

Sólo la justicia de Dios es auténtica, total, inalterable y eterna.

Alejarse por tanto de la justicia Divina, es caer en la trampa mortal de las injusticias humanas, basadas generalmente en normas, convencionalismos, prebendas, y egoísmos insolidarios, partidistas, y crueles.

138

El tiempo y el maligno emponzoñan nuestras almas. Las agobian y las enmohecen. Tú, lucha, hermano mío: ¡Reza!

No temas si al principio flaqueas. La gracia de Dios, trasciende al tiempo, al ayer y al mañana. Abrázate a Él con fe y contrición. Y aunque sea en el último momento de tu existencia, entrarás en su eternidad.

139

Al grotesco avestruz me recuerdas, en tus ademanes y en tus soliloquios, cuando algún hermano se acerca a ti en demanda de ayudas materiales.

Y así, con tu actuar insolidario, pretendes que te siga llamando hermano. ¿Hermano de qué?

Tu cinismo, egoísmo y falta de caridad cristiana, nunca han sido atributo de los de mi casta:

¡La casta de los hijos de Dios!

140

Tu sequedad, tu apatía, tu falta de gracia. ¡Tu falta de “ángel”! Es el fiel reflejo de tu alma tosca, posesiva, inhumana, egoísta. Y yo me pregunto: ¿Es que no lees en los Evangelios cómo Jesús vive, y ríe, y ama, y cautiva al mundo con su amabilidad, su simpatía y su trato?

141

De tus bienes y tus cosas, dispones tú.

De tu vida, de tus días, sólo Dios.

Dedica ambas cosas a Dios, bienes y vida, cosas y días. Con alegría y desprendimiento, y habrás cumplido así con el fin por el que Él dispuso que tú disfrutaras de ambas.

142

"¡Apartaos, malditos de mi Padre!" - exclamó Cristo.

Fuerte expresión esta que no emplea ni contra sus verdugos que quiebran con azotes sus huesos. Que taladran sus manos y sus pies atrocemente con ásperos hierros, para fijarlo al madero de la cruz.

No es contra ellos, a los que lleva su enojo. Se limitó a perdonarlos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”

Su repulsa es para los que van contra el motivo de SU AMOR: Los necesitados, los mansos de corazón, los humildes, los sedientos, los hambrientos, los cansados, los perseguidos. Por todos los que aceptó para Sí, la muerte ignominiosa y cruel de la cruz.

¡Qué severas son sus palabras! Y tú y yo, con qué facilidad

engañamos a nuestras conciencias con ofrendas y promesas a Dios, y negamos el amor filial a cuantos nos rodean; olvidando con facilidad, que también, y quizás más por ellos que por nosotros, derramó Cristo su sangre en la cruz.

143

Qué parte hay de vanidad, y qué parte de agradecer a Dios, cuando deseas que tus hijos te imiten en esto o en aquello.

Piénsalo serenamente. Si es lo segundo, dale gracias a Dios y entrégate en sus manos de Padre. Pero si es lo primero, pídele perdón y no malgastes tu tiempo ni tus energías en desear otra cosa que no sea la voluntad de Dios, tanto para ti como para aquellos que te rodean y amas.

144

¿Cuánta amargura puede caber en un corazón? – te pregunté una mañana.

Ilimitada, sin fin. Si con ella, pretendes ganar el cielo – me respondiste.

Desde entonces, cuántas amarguras, cuántos sinsabores, guarda calladamente por amor mi corazón.

145

Ama la cruz, vive por la cruz, sueña con la cruz, muere por la cruz. Y lograrás alcanzar el cielo.

Sí, esa cruz callada, silenciosa, imperceptible, anónima, doliente, amarga, tenaz, constante, que te quita la paz y el sosiego, que llena de amargura y desaliento tu vida, ¡mala! a pesar de su carga, de su injusticia, de tus lágrimas, ámala, hasta el final de tu vida, hasta tu último aliento, hasta más allá de donde expiran las fuerzas humanas.

146

En confianza, como hermanos. Dímelo. No han dicho de ti en algunas, ocasiones como de Cristo: ¿De qué le viene a éste...? ¡Pues alégrate!

Persevera en tu fe, y guarda en tu alma el fuego divino del amor y la sabiduría que Cristo deposita en tu corazón y que

aviva el Espíritu Santo con su gracia.

147

Aunque sólo sea por ellos. ¡Por los que te rodean y amas!
Vale la pena esforzarte por ser luz y sal, vid y sarmiento.

148

Choca a la gente, y cada vez más, lo “bueno”. Tanto lo natural como lo sobrenatural.

Ambos fueron creados muy próximos por Dios, pero el dañino se afana en separarlos cada vez más, con clara intención de confundir, dividir y vencer.

Tú, sé muy recio en las cosas materiales de este mundo y esto te ayudará a ser más santo en las sobrenaturales.

149

Primero, el descontento. Después, la rebelión.

Así, te anonadas, te aburguesas, te envileces. Y ya sin control, caes en la desventura de los amotinados.

¡Ves qué fácil! Es tu falta de amor, de idoneidad, quien te aparta de Dios, y tu tibieza, quien te anima a ello.

150

¡Reparación, reparación...! – Gritan los intransigentes - Y el inocente muere un poco más cada día, mientras sacude la iniquidad la barca de Pedro. El mundo gime.

Y a Tus pies, Dios mío, se arrastran los abatidos, los esperanzados, los limpios de corazón que claman: ¿Hasta cuándo, Señor? ¡Para que se haga realidad en este mundo Tu Reino de Amor!

151

Seco estoy, Señor, como arena del desierto. Árido, como páramo.

Sólo mi fe me sostiene. Sólo tu amor me conforta. Sólo la esperanza me alienta.

Haz brotar de nuevo el brocal de agua de mi alma para que vuelvan a ser fértiles de nuevo las tierras de mis actos, de mis ilusiones, de mi trabajo, de mis amores.

Apiádate, Señor, de mis culpas, de mis equivocaciones, de mis errores, y haz, que renacido a una vida de nueva esperanza, sea un instrumento fiel y útil para llevar tu nombre y tu verdad entre

los hombres.

Dame perseverancia, auméntame la fe, e ilumina con la fuerza de Tu Espíritu mis acciones y mis palabras.

152

Me has mostrado, Señor, tus caminos, tu cruz, tus llagas y tus espinas, y mudo estoy en lamentos.

Tu mano me sostiene, y sé que ni mis sufrimientos serán mayores que mi fortaleza, ni mis sinsabores y amarguras mayores que mi fe.

Hágase tu voluntad, Señor Dios mío, y temple mi espíritu en la contrariedad, para la perseverancia y el claro entendimiento de que todo es para mi bien.

153

Aquellos a quienes tendí la mano, ¡me la cortaron!

A quienes les abrí mi corazón, ¡me lo arrancaron!

A quienes enjugué sus lágrimas, ¡se complacieron en hacer brotar las mías!

Para quien fui fiel en sus desdichas y penalidades, ¡provocan ahora las mías!

No entiendo sus almas, ni sus comportamientos, ni las sendas que para mí trazas, Señor Dios mío. Pero las ando con andar sosegado y confiado porque sé, Señor, que Tú me esperas con los brazos abiertos al final de este desdichado y arduo camino.

154

A impulsos del alma se alcanzan las metas de Dios.

A impulso del dinero, las de esta terrena vida.

Su tránsito entre ambas marca un hermoso abanico de probabilidades. A menudo, hasta el justo confundido se aferra a la segunda, descorazonado o perplejo.

155

Implicar amor, es amar. Implicar sacrificio, es sacrificarse.

Así, como la renuncia fortalece y el servicio eleva, la pobreza en dignidad bien llevada, por reunir ambas, es mérito y santificación ante Dios.

156

¡Sí! – no lo dudes - Al final, causa mucho más sonrojo
confesar nuestras virtudes que nuestros pecados.
¡Humíllate y lo comprenderás!

157

Yo había luchado con mis fuerzas. ¡A lo humano!
Yo había calculado con mi mente. ¡A lo humano!
Yo había previsto con mi astucia. ¡A lo humano!
Yo sólo pensaba en mi propia complacencia. ¡A lo humano!
Dios desdobló el renglón. Prefirió para mí la eternidad.
Y todos mis afanes terrenos fueron fallidos.

158

Me tienes, Señor. ¡Soy Tuyo!
Pero ni estoy allí, ni aquí.
Ni voy, ni vengo.
¡Ni vivo, ni muero!
Me debato en el amor, ¡por el Amor!
Abandonado. Por no abandonar.
Me pierdo, por encontrarme.
Tus caminos son vida, Señor.
Pero tortuosos y arduos para mi cansado pie.
Para mi quebradizo corazón.
Me falta el aliento, ¡y no vienes a mi encuentro!
Tengo sed. Y el brocal de tu pozo para mí está seco.
Grito, y no me escuchas.
¡Te amo, Señor...!
Y no me tienes misericordia.

159

La digna pobreza: Dignifica.
La pobreza inhumana, humillante y absoluta, embrutece al
ser humano y lo precipita al abismo de la degradación y el abuso.
El mundo de los justos que Cristo nos enseñó a pedir al
Padre: “VENGA A NOSOTROS TU REINO”, se basa en hacer
justicia. Y la mayor justicia, es la que brota de lo más profundo
del corazón de los hombres ¡EL AMOR!
Los medios para expresar el amor son múltiples, pero dar
pan y comprensión es el mejor proselitismo que del mismo

podemos hacer.

¿No es acaso esta, la mejor forma de que empiece a hacerse realidad entre los seres humanos la oración que Jesús nos enseñó?

160

Pasar por la amargura, el desamor, la reprobación, la vergüenza, el insulto, el olvido, la negación, la traición, la muerte. ¡Después, la resurrección y la gloria! Qué bien suena todo esto tras el reconocimiento del triunfo.

Pero hasta entonces... ¡Dios mío!

Hasta dónde puede aguantar el alma la tribulación, hasta dónde la mente el desatino, hasta dónde el corazón el desamor, hasta dónde el cuerpo la fatiga, hasta dónde la fe, la esperanza.

Me he postrado a Tus pies y sabes bien, cuánto te he implorado. De mí me he desprendido hasta hacerme todo Tú.

En Ti abandoné mi dolor y mis amarguras y deposité mi esperanza. He cargado con resignación mi cruz, hecha la Tuya, con la certeza de salir al final triunfante.

¡Porque sé que Tus fuerzas jamás me faltarán!

161

Una sinrazón. Una desesperanza.

Vivir en demasía para “tus adentros” el dolor de las amarguras, sin un atisbo de esperanza. Llorar y beber de tus desdichas el cáliz amargo de la soledad y el olvido.

Estás al final desasido de todo, roto, amargado, y fías sólo en ti. ¡Pobre hombre!

Tus limitaciones no son del mundo. Están dentro de ti. Se agolpan angustiosamente, y rebasado, te revelas impotente y estéril.

Tras de ti, se proyecta el mundo que te envuelve, tan necio y superficial como fuiste tú mismo. Laberinto infernal, que sin la grandeza, trascendencia, y esperanza en Dios, sería la mayor de las contradicciones a la que estaría sujeto el ser humano en su existencia si sus ojos no fuesen capaces de percibir su luz y marchar a su encuentro.

162

Si eres hombre de oración frecuente, experimentarás primero el amor, después la esperanza. Y cuando ambas hechas caridad

arraiguen en tu corazón, sentirás cómo la presencia de Dios, tangible, palpable, cercano, familiar, prende como fuego en tu corazón y te orienta hacia Él mediante el don de la fe, y ya amigos, vivirás en tu continuo diálogo con Él una vida plena

163

Errores he cometido, Señor. Muchos y diversos -Decías.
Me afanaba en sinsabores humanos, en falsas metas, en falsos ídolos mundanos. Y en el mundo cifraba todo mi bien y la culminación de todas mis dichas.

Al final de mis caminos, no siempre estabas Tú, Señor, y no lo entendía.

Soñaba con una vejez tranquila, sosegada, placentera, con un dulce final, con un esperanzado adiós a todo lo que me rodeaba.

Pero me saliste al paso. Me apremiaste por mi salvación y entendí, que el hombre cambia, evoluciona, se perfecciona, pero esto sólo se hace realidad, si se olvida de sí mismo y se desgasta en servicio a los demás, si vive para los demás, si lucha, sueña, y ama tanto como a sí mismo a todos los demás. Solamente así, se muere con la firme convicción de resucitar un día a una vida mejor.

Y desde entonces, sólo Tu amor guía mis pasos, mis anhelos y mi esperanza.

164

Contemplé la linde del bosque junto a una zona urbanizada y me hizo meditar:

Aquí, estaba la naturaleza controlada, ordenada, monótona y menesterosa.

Allá, la naturaleza virgen, incontrolada, agreste, seductora y autosuficiente.

La una, pendiente del hombre y sus escasos recursos.

La otra, sola, abandonada a los designios de Dios y con Dios, perdurable y eterna.

Enfrentamiento y manipulación.

Rebeldía y libertad.

Así es el hombre mismo, cuando emulando a Dios se olvida del equilibrio natural y de la “no-intromisión” en los designios de Dios.

165

A veces, por no decir casi siempre, me sorprende tu postura farisea, cuando lo exterior ahoga lo que de espontáneo pueda surgir en tu corazón.

Das innumerables razonamientos a las cosas de Dios, y es la sinrazón de tus razonamientos, lo que apaga el fuego de amor de Dios en cuantos te escuchan.

Las cosas de Dios son más sencillas. No ves la armoniosa sincronización de tu cuerpo, lo maravilloso de cuanto nos rodea, la libertad de pensar y razonar de nuestra mente. ¡Y qué grandeza! , que al final de nuestras vidas, ¡sólo seremos juzgados en el amor!

¿Estás seguro tú, de que esas posturas intransigentes, esas frases impertinentes, esas veladas amenazas de condenación eterna, de castigo inflexible, son el verdadero motivo, causa y fin, de la muerte de Jesús en la cruz, por amor a todos los hombres...?

Me pregunto: Si ves realmente a Dios, en cuantos te rodean, o te ves sólo a ti mismo.

166

Cuando me hablan de un nuevo sacerdote, de un hombre de Dios, y comienzan a enumerarme la brillantez de sus títulos académicos, los interrumpo bruscamente preguntando:
¿Es santo?

Porque si así es, el don de lenguas, de discernimiento y de sabiduría que el Espíritu Santo derramará sobre él, no le faltará en ningún momento ni circunstancia de su vida, para el digno desempeño de su ministerio, y con ello, le sobra todo lo demás.

167

Me apartas. Me apartan.

Me muestras, Señor, los caminos placenteros de la renuncia, lograda con ásperas horas de continuos sinsabores, con largas caminatas sobre tortuosos senderos.

Con la doma del cuerpo, siempre flácido y rebelde. Con la doblegación de la voluntad. Con la anulación del propio discernimiento. Con la aniquilación de la propia fantasía que

nos enloquece y devora.

Cuando apenas se amansan las aguas de la vanidad y de la voluptuosidad, cuando el aire del vendaval del egoísmo, es solo tenue brisa. ¡Brevedad de tiempo! - como el relámpago en el cenit - Todo lo amado se enaltece y se posa sobre la placidez tranquila de la conciencia.

Entonces, estás en condiciones de percibir en torno a ti el fragor del fuego destructivo que envuelve unas existencias absurdas, vacías, estériles, que desencadenan al viejo hombre bárbaro que dormita en las entrañas de cada ser, para lanzarlo feroz a una lucha de hombres feroces, empecinados en una feroz destrucción y aniquilación sin fin.

Es la humanidad, que enloquecida se aparta de Dios. Porque fuera de Él, todo final es caos, destrucción y muerte.

Dios está al final de la historia y para alcanzarlo, le propone al hombre ese camino de renunciaciones, de entrega y de amor, que no todos están dispuestos a seguir, ni aun, para su propio bien y salvación.

168

Reflejadas sobre un espejo, las formas y las cosas, los animales y las personas, parecen duplicarse, deformarse.

¡Engañosas formas de una sola realidad!

Y tú y yo, cuántas veces nos hemos recreado en ese reflejo engañoso de lo que no somos, cifrando nuestra esperanza y el bien de nuestro futuro inconscientemente, en nuestra propia destrucción. Anclados en ese “otro yo”, impersonal, frío, distante, insustancial, que no es caliente ni frío, que ni ama ni odia, ni ríe ni llora, ni conoce a Dios, ni le importa.

Pobre hombre, sin visión ni futuro, sin eternidad y sin gloria.

169

Como simientes al aire, son los pensamientos de los hombres.

Y como las simientes de “la parábola del sembrador”, sólo aquellas que encuentran tierra fecunda en el raciocinio y el entendimiento de las buenas gentes, fructifican y se desarrollan.

Desecha tus pensamientos fofos y estériles y dedica lo más valioso de ti, tu mente y tu corazón, en ensalzar y dar gloria a Dios.

170

Zapatos nuevos. ¡Pero corazones viejos! Algunos piensan que cambiar de atuendo, es cambiar de personalidad.

Es el corazón, las convicciones, las que tenemos que modificar, si no, de nada vale que Cristo muriera en la cruz hace dos mil años.

Cuántas botas y zapatos nuevos han sembrado de dolor y muerte al mundo entero. En especial, a esta vieja Europa nuestra. Una Europa que dicen descristianizada, porque está perdiendo la esencia de la tradición, de la familia, de la fraternidad, del amor.

La ecuanimidad social no está en el fruto del razonamiento del hombre ni en la lucha de clases, ni en los logros sociales presentes ni futuros. ¡Es vano afán del hombre, intentar redescubrir lo descubierto, aunque ello le humille!

La síntesis de toda perfección social, está impresa en el mensaje de Cristo: “QUE OS AMEIS UNOS A OTROS, COMO YO OS HE AMADO”

171

Llegar a entender y perdonar es difícil y molesto.

Difícil, cuando los pensamientos, los motivos y los intereses, se enfrentan o anteponen a los nuestros.

Molesto, cuando el perdón se ha de depositar sin trabas ni resentimientos en cuantos nos hieren y ofenden. Aun, en los enemigos que anhelan nuestro exterminio.

¡Qué difícil es seguir a Cristo cuando nos falta la caridad!

172

Clases, clasistas, claseros, clasilleros.

Y cada cual, en la sociedad, se asigna y reparte su tarta.

El verbo se descompone, la palabra se hace sílabas, las comas cambian las oraciones y así, interpretando al vaivén de los antojos, la moral, la dignidad, la fe y el amor, una nueva “Babel”, la del libertinaje, la confusión y la permisividad, zarandean la embarcación de Pedro.

Pero sonará. ¡Eso sí! Sonará de nuevo la voz resuelta y apremiante de Cristo demandando: ¡Echad de nuevo aquí las redes...!

Y surgirán nuevos hombres, un nuevo amor, un nuevo futuro.

173

La resignación está en cada cual. Es de cada uno. Tan personal como el propio yo, tan intransferible como la propia esencia del ser.

Pero la sociedad nos condiciona. La familia nos ata. La supervivencia nos abruma.

A veces, por un mal concepto de lo que la resignación significa, sobrevivimos atados a la sociedad, haciendo dejadez de nuestros derechos, de nuestras convicciones, de nuestros ideales, de la vida en sintonía con nuestra fe. Y así, morimos poco a poco para nosotros mismos.

Perder la identidad de la individualidad, y hacerse “masa” para ser conducido, guiado, aniquilado y embrutecido, es el paso siguiente. ¡Abre los ojos!

Deja volar tu corazón y tus sentidos al encuentro de Dios, y lograrás poder mirarle cara a cara. No te resignes a perder tamaño tesoro.

¡Sólo a Él amarás, sólo a Él servirás y serás libre!

174

Como un reguero de pólvora, explotas a destiempo y con ira.

Tu ira y tu impotencia, corpulento grandullón, te empequeñece. Intentas enfrentarte a mí, por defender mis amores. ¡Los del cielo y de la tierra!

El final de la historia de nuestras vidas sólo pertenece a Dios, por mucho que planifiques y preveas. Y verás ante Su presencia, que no te guardé rencor. Que convertí tus insultos en oraciones y tus blasfemias en mortificaciones para el bien de tu alma.

Sólo estabas equivocado, y tu orgullo te impedía aceptarlo.

175

“Amargado. Con el semblante adusto me sirves. Dices que me amas, mas la luz de tu amor, brilla por su ausencia”.

“Te insto a ser sembrador de paz y de alegría por el mundo y no me escuchas”.

“A que compartas con los demás el pan, el trabajo, y el amor. Y estás sordo”.

¡Hipócrita!

¿Cuántas veces has escuchado en la intimidad de tu corazón estas palabras de Cristo y no has reaccionado?

176

Sembrado y sembradores. Eso, somos los Cristianos.
Como granos de trigo, sembrados por la mano llagada de Cristo; como granos de trigo, regados con la sangre de Cristo; como granos de trigo inmersos en un mundo de cardos y espinas como la corona de Cristo.

Y como sembradores, fuertes para cargar con la cruz de Cristo cada día, y para esforzarnos en conseguir esparcir por el mundo la semilla de su amor y su justicia. ¿Es esta la santa inquietud que te mueve? Pues persevera y alcanzarás su gloria.

177

Un pensamiento. Una petición. Un deseo.
Y como el río caudaloso y raudo, llega a un encuentro inesperado y lleno de plenitud con el mar.
Así, el alma fervorosa con Dios, cuando exclama: ¡Hágase, cúmplase, Su divina voluntad!

178

Te niegas a ser barro moldeable. A perder tu viscosidad con la impronta del barniz derretido, que tras la quemazón, fijará belleza y color a tu forma, si antes te dejas ¡soberbio de ti!, modelar de forma amable a la gracia de Dios.

Hasta cuándo tu rebeldía, tu insensatez, tu autosuficiencia. Para hacer oídos sordos a la voz de Dios. Esa rebeldía que quiebra tu paz, que alimenta tu vanidad, que robustece tu soberbia.

¿Acaso piensas, insensato de ti, que ese halo divino que insufla el Espíritu Santo en tu corazón, ha de quedar estéril?

Tu barro se amasará con tus propias lágrimas. Y la llama ardiente de Su corazón hará de ti, hoy arcilla quebradiza, un duro adobe para soportar Su Cruz. ¡Tu salvación!

179

Hay una realidad para el devenir de tu vida. No está en ti, ni en tu corazón, ni en tu entendimiento, ni en tu entorno. ¡Está en los designios de Dios para ti!

Esforzarse en la comprensión de Dios, es ir al encuentro de esa realidad. Porque la auténtica realidad es Dios.

Por el contrario, esforzarse vanamente en alcanzar las realidades que alimentan tu imaginación y tu vanidad, es tiempo perdido. Sólo son, una maraña de despropósitos, de ensueños, de falsas realidades, que con el paso de los años se tornan quebradizos y efímeros, como la terrenal existencia del hombre.

Esa multitud de “realidades falseadas” que nos envuelven, se desvanecen, se desmontan por sí mismas y caen a nuestros pies al paso del tiempo.

Una sola realidad, eterna perdurable, es el futuro del hombre. El encuentro con Dios, Señor de la Historia, culminación y respuesta a todas nuestras dudas, a todas nuestras preguntas, a todas nuestras esperanzas.

180

Hablar con Dios. Hablar con Dios – dices que haces a cada momento -. A grito abierto, con el libro de oraciones en tus manos.

Permíteme que te recuerde querido amigo, que para hablar con Dios existe una sola palabra: “La que surge del corazón”.

Aunque se pronuncie en el más respetuoso de los silencios.

Y cuántas veces, nuestro hablar con Dios, se resume sólo a un ruido de palabras, sin alma ni contenido.

181

Con qué ansias, deseamos en algún momento, encontrar a Cristo en nuestras vidas, en nuestro camino, en nuestro destino.

Pero a veces, ni incluso nos planteamos que encontrarlo, seguirlo, amarlo, presupone para nosotros el inicio de un camino de perfección arduo, difícil, en el que sólo nuestro empeño, nuestro abandono en las manos de Dios, puede darnos el éxito.

Ha de ser para nosotros una entrega, una renuncia, un “hágase”, surgido desde lo más hondo del corazón.

Pero andar en pos de Cristo es duro y fatigoso. Es renunciar a nosotros, a nuestros caprichos, a nuestras frivolidades. Para convertirnos en teas encendidas de amor, que queman e iluminan a su paso, a medida que la acción de su Espíritu Santo prenda en nosotros.

182

El pensamiento es al hombre como el aire al pájaro, como el agua al pez. Pura esencia de vida. Sin él, queda el hombre reducido a una masa multiforme, a un mero vegetar. A un sin sentido intrascendente.

Pensar es por sí mismo una liberación para el propio hombre, porque disipa las tinieblas que nos envuelven y nos da claridad de juicio. Es un poder que aflora al exterior las sensitivas particularidades de ese amplio abanico de posibilidades, de aptitudes, de carismas, de dones, que conforman al hombre.

Poder pensar, es tener la capacidad de sustraerse del propio entorno para centrarse en sí mismo, para detectar lo que late y fluye desde el alma. Percibir sobre sí la grandeza de la creación y de su Creador, y tener la capacidad de saber responder con amor, al amor recibido de Dios.

183

Te escuché orar a Dios, aquella tarde, y me emocionaste.
¡Qué recias eran tus palabras!

“Dame, Señor - decías -, calor de Ti.

Que este grito de amor que brota de dentro de mí, no sea sólo, el ronco sonido del volcán que me sacude y que queda estéril en la oquedad de mí mismo.

Que sea, cual agua vivificante de un manantial, capaz de aplacar la sed de amor de mis semejantes.

Muéstrame el camino de la renuncia y del amor. Y aparta de mí a los que buscan tu Santo Nombre, para su medro personal, para ser servidos, mientras permanecen anclados en los goces de este mundo y en sus bienes transitorios.

Esos fariseos, Señor, que comen del pan de los desdichados y beben de la sangre de los humildes e inocentes”.

Me alejé, con el mismo silencio con que había llegado. Y me uní de corazón a tus plegarias a Dios.

184

Si sólo te limitas a vivir a “lo mundano”, es posible que te sigas quejando de que no hay amigos, que la mayoría de las veces, solamente conocidos.

¿Recuerdas tus propios argumentos?

“Con el nombre de “amigos”, se acercarán a ti. Te extenderán su mano, te brindarán sus lisonjas y esperarán su “paga” – te lamentabas -. Si nada tienes, ni das, ni entiendes que les debas, se apartarán de ti y permanecerán a una distancia cautelosa.

Hacer favores - prosequiste -, es gratificante. Recibirlos, reconfortante. Intercambiarlos, justificable.

En el bando de los últimos, se agrupan la exigua familia de los honestos, los justos, los leales. En el primero, creo que sólo los inocentes y los santos.

En cambio, lo segundo, es lo que prevalece en esta sociedad nuestra: Sentirse reconfortado y alegre, con la recepción de los favores ajenos, es lo que constantemente demanda esa mayoría desabrida, egoísta y contumaz, que hoy forma la mayoría de este mundo nuestro.”

¿Y de qué te quejas, amigo mío?

¿Acaso no es esa, la sociedad sin caridad, sin amor, sin sacrificio y sin Dios, que pretendes hacer imperar en el mundo entero, con tu egoísmo y falta de escrúpulos?

185

Te quejas continuamente. Estás de ordinario, intranquilo y triste. Derrochas tu tiempo y tu vida con necias envidias, con insensatos reproches a todos los que te rodean, ¡a ti mismo!

¡Eres un insensato, querido amigo! Son tantos los motivos de tu felicidad, que por tan naturales y asiduos, no llegas a percibirlos.

Dale gracias a Dios, cuando contemples el plácido sueño de tus hijos, de tus nietos, tan amados y cercanos a ti.

Dale gracias a Dios, cuando contemples a tu paso por la calle, la alegría de esa juventud que todavía queda, sana, alegre, cordial, respetuosa, esperanzada.

Dale gracias a Dios, en esos días de suave lluvia, por esas gotas de agua que caen sobre la tierra y la fertilizan.

Dale gracias a Dios, por esas frescas mañanas, por esos bellos atardeceres que te permite ir viendo, uno tras otro, cada nuevo día.

Dale gracias a Dios, cuando contemples ese verde-azul del

mar, y el policromado color de la multitud de peces que todavía habitan en él.

Dale gracias a Dios, cuando contemplas esas cascadas de aguas puras, cristalinas, que buscan entre risas y sones de campanillas al río en que verterse.

Dale gracias a Dios, al contemplar el verde de los árboles, el azul del cielo, el multicolor de las flores. Y que sigan así, para las generaciones futuras.

Dale gracias a Dios, por tus días, por tus años, por tu salud, por tu familia, por tus amigos, por tus ilusiones, por tus sueños.

Verás como así, con el alma en calma, con el pensamiento elevado, con la esperanza rigiendo e iluminando tu vida, Dios, transformará en felicidad, todo aquello en donde esté depositado tu corazón y tu amor.

186

No te cierres en no querer entender que exista otro medio, otro concepto, otro fin para el hombre, que el de la vida misma, como esencia de su naturaleza.

Intentas hacer de lo irreversible del mundo algo coexistente, palpable. Pero si aparte de lo material, no ponemos algo racional, intelectual, superior, divino, no está completa la naturaleza del hombre, por cuanto, piensa, sueña y ama.

Sintamos, experimentemos, vivamos, no impongamos, ni intentemos convencer. Indaga en ti mismo tu verdad.

Así, desde el mayor de los silencios, podremos escuchar el clamor de nuestras almas. Es la esencia del hombre, porque en ella habita, cuando se transforma en digna morada, ¡Dios, su Creador!

187

Tan viejo como tu renuncia.

Tan joven como tu esperanza.

Ése eres, al margen del que tú te creas ser.

Y así serás, si cifras tu vida en agradar a Dios: un eterno joven, alegre y desprendido.

Pero si te alejas de Él, harás con tu renuncia brotar en ti, un viejo enclenque, caduco y desesperanzado.

188

Cristo se hace hombre para unirse a cada hombre.
Así se nos muestra y nos acompaña en nuestro particular
camino de la cruz.

Aceptarla, es comprometerse en la ardua tarea de
transformar la sociedad. De convertir las armas en arados, los
llantos en risas, el odio en amor, la guerra en paz.
Y sembrar todos los caminos de la tierra de la semilla divina
de Cristo. Pan y vino de su cuerpo amoroso, que colme la
sequedad, el hambre, la angustia y la soledad de todos los
pueblos marginados.
¡Hermanos en Cristo!

189

La santidad requiere heroísmo. ¡Yo soy cobarde!
¿Como Pedro? - Te pregunté.
Pues ya ves, con su cariño, su arrepentimiento y su
voluntad... ¡Lo que hizo de él!

190

Cada cual tiene un sentido de la trascendencia.
A veces, es el simple canto de un pájaro quien atrae
nuestra atención hacia ese punto crucial en donde tenemos
ubicado el sentido de lo trascendental. Y quizás, sin haber
reparado jamás en ello ni nosotros mismos, hasta ese
momento. Y ahí está, como una impronta que nos despierta
bruscamente a la grandeza de Dios.

Así de sencillas son para el alma pura, lo que algunos
Teólogos o sabios, se empeñan en demostrar mediante largos,
aletargadores y farragosos discursos, o desarrollando tediosas
teorías con que mostrarnos esa misma grandeza de Dios.

Él sopla en nuestro espíritu cuando quiere, y nos reviste de la
ciencia y sabiduría necesaria, para entender y discernir las que
de Él emanan.

191

Llevaré mi alma a la soledad y allí le hablaré de Dios
A solas, como enamorados. En silencio gozoso. ¡Como las
soledades de Cristo!

Pero Él estará conmigo, llevará mi alma de su mano al Padre
y será mi valedor, mi Redentor, ¡mi amigo! Dios Hijo,
crucificado por mi redención.

¡Esclavo por mí en el Sagrario por amor!

En la soledad, percibo clara su voz. Él escucha la mía.
Sabe de mi amor, mi entrega, mis renunciaciones, mis dudas y
mis flaquezas.

¡De mis cobardías, de mis pecados!

Y cuando en el silencio, compungido y con lágrimas en los
ojos, le pido perdón.

Él me mira sonriente y exclama: ¡Bah! Bobadas.

192

Con demasiada frecuencia. Agazapado tras la brillantez
de nuestros propios pensamientos, suele ocultarse la
soberbia del maligno.

Desbarata nuestros planes. Nos aleja de Dios, embota
nuestra conciencia, enardece nuestra complacencia. Y así, entre
ufanos y prepotentes, forjamos una quimérica verdad, vacía de
contenido, de futuro y de amor. Es reflejo de nuestra propia
frustración, de nuestra vanidad, y de la falta de firmeza de
nuestra fe.

¡Qué fácil es caer en las redes de la adulación cuando nos
falta la fuerza de la humildad!

193

Dios está. Dios existe. Dios actúa.

El percibirlo, es vivir en una simbiosis total con Él.

El tenerlo, es renunciar de buen grado a tener o poseer
cualquier otra cosa, deseo o gozo, fuera de Él.

El gozarlo, es vivir la plenitud de nuestra vida, en un gozoso
abandono a su santa voluntad de nuestra razón, nuestra voluntad,
nuestro deseo, nuestra vida y nuestro futuro.

194

Yo sé, hombre de Dios, de dónde sale la fuerza de tu
convicción y de tu alegría.

¡De tu oración! ¡De tu corazón! ¡Del Suyo!

De lo que te inspira Dios, a través de tu fe.

195

Mi vida es una desesperanza en un aciago día – te escuché
lamentarte - .Fugaz como un relámpago.
De negras noches me envuelven. Contra mí, clama el mundo.
Han herido mi humildad hasta el agotamiento.
Están mis fuerzas fallidas.
Y allá, Tu voz me sigue susurrando con amor: ¡Aguanta! ¡Vence!
Y yo, al borde de mis propias fuerzas, sólo espero que al
final, el eco de Tu voz me despierte de este mal sueño, y lo
transforme en una realidad de gloria.

196

Al llegar a la vida se nos asigna como “un paquete de
acciones”. Pueden ir en auge, y ser prósperas, con lo que ello
conlleva. O pueden ser perdedoras, de mera quiebra, con los
quebraderos de cabeza consiguientes.

Todo queda en el azar. En lo que Dios nos tenga destinado a
cada cual. Lo único importante, sea cual fuere nuestra dicha o
infortunio, es comprender que esto es lo más querido y lo más
deseado por Dios para nosotros.

A nosotros, sólo nos queda ser diligentes. Estar atentos a lo
que nos conviene para el bien de nuestra alma, y poner nuestros
“talentos” al grato servicio de los demás en todos los momentos
de nuestra existencia.

A menudo, nuestros gustos y deseos no son los de Dios. Y
eso nos obliga a desprendernos de ellos, en la pobreza o en la
riqueza. Y siempre, con la renuncia confiada y amorosa, marchar
al encuentro de nuestro Creador, única meta y final de la razón
de nuestras existencias.

197

¡Señor! ¿Dónde estás hoy? - escuché tu voz.
¿Por qué mi corazón te presiente tan cerca y ante mis ojos te
muestras tan distante...?
Te has mostrado ante mí tantas veces. Tantas, como te pedí
consejo. Tantas veces, como busqué en Ti animada charla para el
consuelo de mis tribulaciones. Tantas veces, como me hiciste
refrenar mi genio, contener mi ira y arrepentirme de ella.
En este loco e insensato mundo, te ruego que me guíes en tu

verdadero camino: Único, certero, incommovible, eterno.
Muéstrame dónde está verdaderamente Tu rostro entre
los hombres.
¿Quién de verdad está en Tu Verdadera Palabra...?
¿Dónde se cobija Tu corazón amoroso?
Hay tanta desolación y engaño en este mundo, Señor, Dios
mío, que hasta los justos te dan la espalda, confundidos y
desilusionados por tanta iniquidad.
¡Señor, ilumíname con Tu Espíritu! ¡Muéstrame Tu
Camino! ¡Y fortalece mi fe!

198

Ama lo trascendente que hay en ti.
Si el hombre de la racionalidad y la intelectualidad, de la
autosuficiencia, no buscase algo con que alimentar su alma,
moriría seco. Porque sólo la savia renovada del espíritu es lo que
surte al hombre de paz y plenitud.
Así, el hombre efímero y caduco, como su propia existencia,
agotados todos los afanes terrenos de poder y complacencia
¡empequeñecido!, termina aferrándose al final, a “ese algo” que
palpita, vive, y se realiza en lo más profundo de su ser. Lo único,
capaz de colmar las fallidas ansias humanas y la sinrazón de sus
razonamientos.
Así, a ti y a mí, ¿de qué nos serviría, simples piedras de
pedernal deformes y sin gracia, pasar por este mundo, si no
dejásemos que las manos de Dios nos esculpiesen a su gusto,
nos modelasen a su idea y semejanza, y nos insuflasen el aliento
de una existencia plena de fe y de esperanza para alcanzar Su
Reino Prometido?

199

No llegas a imaginar con qué frecuencia recuerdo aquellas
palabras llenas de fuerza y de calor:
“Sembrado de espinas está el mundo.
Acechada de lobos, el alma.
Cual Moisés, adoraré las leyes. Cual Job, seré justo. Cual
Cristo, seré crucificado.
El paso por nuestra vida es breve, y tras una amargura llega
otra, tras un dolor, otro mayor.

Gritaré que soy justo y no me escucharán.
Gritaré que soy pacífico y no me entenderán.
Y cuando, cual Caín mató la pureza y la verdad, yo maté la
mentira y la patraña del mundo que me envuelve. Entonces seré
juzgado y condenado: ¡Crucificado, como Cristo!”

200

Allá, donde termina todo fin y principio del mundo con
su sabiduría.
Donde la esencia del ser halla reposo.
Allá, donde lo cuerdo y ordinario es vivir en paz y concordia.
Donde nadie hiere ni humilla a nadie.
Allá, donde sólo existe el amor, dejaré un día mi alma
sosegada, y junto a Dios, ¡encontrará solamente dichas!

201

Tú y yo, Señor, somos viejos amigos.
Qué te voy a decir, que no adivines en mis silencios.
Qué oración voy a elevar a Ti, que no esté escrita en mi corazón.
Qué gracias te puedo dar, que no vibren en mi
pensamiento constantemente.
¡Tú, Señor, lo sabes todo!
¿Verdad que ha sido esta, tu oración a Dios en muchas ocasiones?
¡Qué cerca está tu corazón de Dios, sin tú intuirlo!
¿Que no sabes rezar? ¡Dios santo!
¿Qué otra cosa crees que haces cuando temeroso,
compungido, débil e inocente como un niño, desde la
soledad de tu habitación te diriges a Él? ¡Oración
cargada de fe!
Es en la oración donde la voluntad humana se encuentra con
la voluntad Divina, y para ello, frecuentemente, no hace falta el
ruido de palabras.

202

Con templanza y valentía, lograrás estar ante Dios en
su gloria. Y de tus sufrimientos por alcanzar aquella vida,
por cuantos sufriste en ésta con resignación, en la otra, te
serán computados.
Con el perdón que das a los que te ofenden, alcanzarás de

Dios el que mereces. Porque sólo Él, sabe lo que amargan las cargas y las difamaciones. Cuánto angustia, soportar las vejaciones y las burlas. Lo que duele perseverar. Y lo que martiriza ser fiel.

203

Crees que estás apático, cansado, sin ilusiones.
Miras sin agobios ni estridencias al mundo.
No te dejas seducir por su vorágine y crees que es por cansancio.
Has cambiado tu forma de pensar y de vivir. Estás saciado, colmado, repleto.
Ni afanes ni grandezas te seducen. Ni riquezas, ni poder, ni honores, te quitan la paz. Ni el pensar que fuiste, que anduviste, que perdiste, te entristece, y das a tu vivir una nueva grandeza del vivir por servir.
¡Vives ya en Él y Él en ti! Y la plenitud de Su Espíritu sobre ti te colma.
Has descubierto a Dios, que rige bienes y vidas. Que está sobre el bien y el mal, sobre la sabiduría y la voluntad.
A Él está sometido todo, ¡tú mismo!
Todo es Él y forma parte de Él.
Desasirse es perderse, separarse es desesperar, oponerse es enloquecer.
La soledad sin Dios conduce al exterminio de sí mismo. La unión con Dios, a la sabiduría del orden de la creación.
¡A la eternidad!

204

Estoy, Señor, ¡como ladrón al acecho!
Ansiando el reposo de Tu presencia. El consuelo de Tu mirada.
Deseoso de alcanzar la vida que irradias y que tanto alienta y consuela mi viejo corazón.

205

Cuántas veces nos quejamos insensatamente de las injusticias de este mundo actual en el que vivimos.
Generalmente, cuando no estamos de acuerdo en este o en aquel

planteamiento social, con este o aquel modelo de familia.

Cómo nos llena de zozobra y de angustia el alma,
enterarnos de los errores y horrores a los que están sometidos
pueblos miserables, paupérrimos, para los que los derechos
humanos, no son ni siquiera, un deseo de buena voluntad
escrito sobre un papel.

Y tantas desventuras para algunos, y tantos placeres para otros.

El hombre se pregunta injustamente: ¿Cómo lo permite
todo esto Dios?

Y Tú, Señor, seguro que repites una y otra vez: ¿Cómo lo
tolera todo esto el hombre si le di capacidad de raciocinio y
libertad para escoger y decidir?

206

¿Cómo puede ser el hombre miserable y cruel, Dios mío, si
de verdad desea crecer a Tu imagen y semejanza?

“¿Hay corazón más grande que mi corazón para
amar?” - dijiste.

¡Ninguno, Señor!

“Pues si de verdad el hombre desea parecerse a Mí, sólo me
ha de imitar en eso. ¡En el amor! Lo demás, se le dará por
añadidura” - fue toda Tu respuesta.

207

Cuántas veces nuestra soberbia, nos impide comprender a los
demás. Y cuántas veces es también ella, la que hace que, a toda
costa, deseemos que los demás nos comprendan a nosotros.

Incluso en nuestros modos de entender la fe, nos olvidamos
con frecuencia de la práctica de la caridad, del amor, y de
aceptar que la cruz de Cristo, y su gloriosa resurrección, fue por
ti y por mí, por aquel y por el otro. Por mucho que la ceguera de
nuestro corazón nos impida ver a veces, las múltiples virtudes que
atesoran los demás, y que tan valiosas son a los ojos de Dios.

208

Me he dejado, Señor, llevar del egoísmo y de la envidia – decías.

Y fueron malsanos mis pensamientos, ¡cargados de culpa!

Sucedió lo inevitable, y clamé Tu perdón.

Ansié Tu misericordia, y te rogué con toda mi alma, que

al final de este camino, no dejes sobre mi conciencia sombras
de mi pasado.

209

Vislumbré por Tu gracia el cielo. Real, asequible, alcanzable.
Desde entonces, me esforcé por merecerlo.
Prescindí de todo. Me olvidé de todo. Renuncié a todo.
Encendida mi fe, encaucé mi alma hacia ese lugar, ¡donde me
esperabas Tú!

210

Llevo una herida sangrante en el corazón. Dolida, amarga.
Se ha desgarrado de mi corazón un jirón, un amor, un hermano.
Atropelladamente, sin razón, se aparta.
Me niega afecto y palabra. Mas para él, son mis
mejores oraciones, mi querer más firme, mi recuerdo más
tierno y entrañable.
Es el clamor del amor, que se hace eco en mi diálogo íntimo
con Dios, rogándole que me conceda ese reencuentro afable,
sincero, que la voz de la sangre clama constantemente desde mi
corazón de hermano.

211

Está allí. Te sugiere cosas al oído. ¡Te habla!
Y tú, insensato, lo enmudeces con tus exigencias, tus
simplicidades, tus egoísmos.
¿Es este el diálogo amoroso al que Jesús te invita desde el Sagrario?
Dios y tú a solas. Pero entre los dos: sólo la voz susurrante y
queda de Dios, ¡al que no escuchas!

212

¿Dónde está el quid de la cuestión, el efecto, el móvil de esta
humanidad, Dios mío, que se aparta de tus preceptos, que
desafía Tu ley, que abandona Tu presencia y Tu palabra?
¿Llegará un nuevo tiempo?
¿Vendrá una nueva promesa?
¿Volverán al redil las ovejas contadas, conocidas, amadas?
¿O se perderán en el desamor, el olvido y el agnosticismo,
generaciones enteras?

213

Con tus palabras, mi querido sacerdote, me has hecho considerar la muerte. La tristeza del adiós sólo debe ser un hasta pronto de los seres queridos – Dijiste.

Puede que me taches de falta de visión sobrenatural, porque no logro, por más que me empeño, en aceptarla con alegría.

¿Alegría...? Así sería, si tuviera la certeza de que junto a todos los que amo, estaré con Dios en su gloria.

Pero si no fuera así: ¿Qué cielo podría compensar vivir ese infierno de la separación con los seres amados, eternamente?

Creo en el cielo, pero mucho más, en la misericordia infinita de Dios, para estos casos.

214

Tú, tus sacrificios, tus privaciones, tus renunciaciones, tus cruces.
– te lamentas constantemente.

¡Todo gloria de Dios! No la desperdicies.

Ofrécete en holocausto a Dios, para los méritos y la gloria de cuantos amas y de la tuya propia.

215

Si para mí ganase el cielo: ¿De qué me serviría sin mis seres queridos?

Si para mí mereciese el infierno: ¡Lo aceptaría sin mis seres queridos!

Si para mí, junto a los míos alcanzase el purgatorio, sería el atisbo del acceso hacia una felicidad plena, todos juntos hacia Dios.

216

No crees en el Infierno. De él te mofas y ríes.

Vives una espiral de violencia, de odios, de desacatos, de desamor, de iras, de celos.

Y soberbio de ti, no te percatas, que vives ya sin ni siquiera saberlo: Una “SITUACIÓN” de Infierno.

217

Llegará un día.

Como cae la lluvia del cielo. Como llega el río al mar.

Como amanece cada mañana. Como se suceden las estaciones.

Así, con naturalidad, sin estridencia, sin aparatosidad.

Llegarás un día a meditar sobre ti, sobre Dios, sobre la sinrazón de las diversas razones que da el hombre a este mundo para encontrar la felicidad.

Y así, sin apenas intuirlo, te será dado descubrir sobre ti, su Divina Paternidad.

Y se hará realidad en tu vida el gozo, la dicha, la felicidad plena. Sencillamente, porque la grandiosidad de Dios es así.

Seguirá cayendo la lluvia del cielo. Seguirá llegando el río al mar.

Seguirá amaneciendo cada mañana. Seguirán sucediéndose las estaciones.

Pero dentro de ti, habrá nacido un hombre nuevo, revestido de fe y de esperanza.

218

¡Por Tu amor, Señor! Hasta las mismas puertas del infierno descenderé, si es necesario, para sacar del fuego devorador a las almas. ¡Sólo hasta las puertas! No sea que mi fe se transforme en temeridad, y mi buen deseo en pura soberbia.

Estas son tus propias palabras, mi querido amigo. Las que pronunciaste arrebatado por la pasión de tu fe, por el ardor de tu corazón, por la firmeza de tu amor.

Con ánimo desenvuelto, con alegría - proseguiste -, les abriré mi corazón repleto de Tu amor, les abriré mi boca colmada de Tus palabras, les abriré mi entendimiento lleno de Tus razones. Y suplicaré de rodillas junto a ellos, Tu perdón, Señor.

Que el sopro divino de Tu Espíritu, fuente de fe y de esperanza, les dé su última oportunidad. Que Tu perdón mitigue sus conciencias. Y que la fuerza de Tu Amor, arrebate sus almas de las garras del maligno hasta Tu Reino de Gloria.

219

Son arduas y difíciles las singladuras de la vida. Y tan insensatas, que ni hemos procurado tener cerca de nosotros las amistades sinceras y desinteresadas de nuestra juventud. Aquellos, con los que aprendimos a jugar, aquellos, con los que aprendimos a rezar, aquellos con los que aprendimos a amar.

220

Nada de por sí es tan grande ni tan magnífico, como los parámetros humanos nos quieren hacer ver.
La auténtica grandeza y la magnificencia de todo, está por encima de las personas y quienes les representan.
Cuántos pobres infelices parecen descubrirlas, de ordinario, entre la chabacanería y la vulgaridad. En los mil dioses en los que cifran sus egoísmos. Y no la quieren ver, en el regalo cotidiano de sus días, en el misterio de sus existencias, en el equilibrio del cosmos, y en ese Dios Verdadero, fuente de la vida, que todo lo rige y gobierna.

221

La desesperación lleva a la inactividad, a la pasividad, o por el contrario, a una actuación acelerada, alocada, impropia.
Ambas cosas son malas y perniciosas.
Nuestras fuerzas son muy limitadas, y cuando los contratiempos de esta vida se ceban sobre nosotros, cunde con facilidad el decaimiento, la desesperación, porque carecemos de la suficiente fe en Dios para aceptarlos con visión sobrenatural. Por toda respuesta, cuestionamos a Dios, su forma de actuar, su forma de pensar, su forma de ser. Y poco a poco, destrozamos y arrojamos lejos de nosotros la única arma que poseemos para reponernos, para afianzarnos, para glorificarnos. Nuestra fe.
¡Nuestra confianza en Dios!

222

Nos hacemos viejos cuando desertamos de nuestros ideales, de nuestros principios, de nuestras ilusiones, de nuestros sueños.
Por eso, rejuvenecer es compartir, es recordar, es amar, y ahí reside la grandeza del hombre y ¡la sabiduría de Dios! Que nos hace, con renovadas ansias, marchar a su encuentro, fortaleciendo nuestra voluntad, acrecentando nuestro cariño, aumentando nuestra fe.
Y así consigue que, aun sin saberlo nosotros, derramemos alegría, vitalidad, amor y comprensión a nuestro alrededor entre los que convivimos, mientras avanzamos resueltos y confiados hacia su Patria Celestial.

223

Eterno es el proceder del justo, ya que de su justicia irradia el amor que de Dios recibe.

Amor eterno, que a su vez eterniza todo lo que de Él procede.

El justo con frecuencia clama: ¡Soy pecador, Señor! ¡Pero me aferro a Ti, con toda mi alma!

¿No crees que si tú le imitaras, sería menos efímero tu proceder y más fructífero tu amor?

224

Mediante el “Don de Ciencia”, el cristiano sabe discernir lo que le lleva a Dios o le separa de Él. Y esto, con perfecta claridad en todos los ambientes, en todos los ámbitos y en todas las circunstancias de la vida.

Por eso, qué pena da tropezarse con esos “iluminados” que, con la máxima impunidad y carentes de todo escrúpulo humano, siembran guerras y matan, en el nombre de sus dioses y de la paz. ¡Que Dios se apiade de ellos!

225

La Esperanza termina junto con nuestra existencia. Cuando transformados nuestros cuerpos en pura esencia espiritual, y junto a Dios, esperamos la nueva creación del mundo futuro prometido.

De ti, y de cómo te portes, depende tu participación en él.

226

Mi fe es el espejo de mis obras. En tanto en cuando son buenas, solidarias y comedidas, están promulgando el sentido y alcance de la fe que practico.

227

Atolondramiento. Palabrería. Y tras el flujo de la verborrea incoherente, vacío en el alma, sequedad en el corazón.

Desconoces la caridad, la reflexión, el examen. Y tú, que crees y pretendes conocerlo todo, no te conoces ni a ti mismo.

228

Nuestra semejanza con Dios no está en lo físico y material, sino en lo trascendente y espiritual. Por eso, sus tiempos y sus modos

se escapan a menudo de las especulaciones forjadas por el hombre para medirlo y encasillarlo. Es como un todo inmerso en una nada. ¡Medida que no cabe hoy por hoy en el intelecto del hombre, ni por muy Teólogo que sea!

229

Tú y Dios, sabéis que no eres nada, que no sabes nada, que no vales nada.

Aunque el mundo crea que lo eres todo, que lo sabes todo, que lo vales todo.

Y es que, al mundo se le engaña queriendo; uno mismo se engaña sin querer; pero a Dios, no se le engaña ni aun queriendo.

A pesar de todo, Dios siempre nos espera con los brazos abiertos al margen de nuestra propia valía como seres humanos.

230

Dios nos creó sanos, felices y libres para que permaneciéramos muy cerca de Él, y para hacernos en todo semejantes a Él, nos dotó de nuestra inteligencia y nuestra voluntad propia; no como corderos ni clones faltos de personalidad y de iniciativa. Sino con plena libertad para asumir el peso de nuestras propias decisiones, acertadas o erróneas.

Pero el hombre, lentamente, haciendo uso de su capacidad de libertad, se fue apartando de Dios, a la vez que inconscientemente iba perdiendo su verdadera felicidad, siendo presa fácil del dolor, la enfermedad, el hambre y la esclavitud. De ahí, que ahora nos horroricen los males de la humanidad que nos circundan. Tantos, como el hombre ha permitido a través de los siglos que se desarrollaran a su alrededor.

